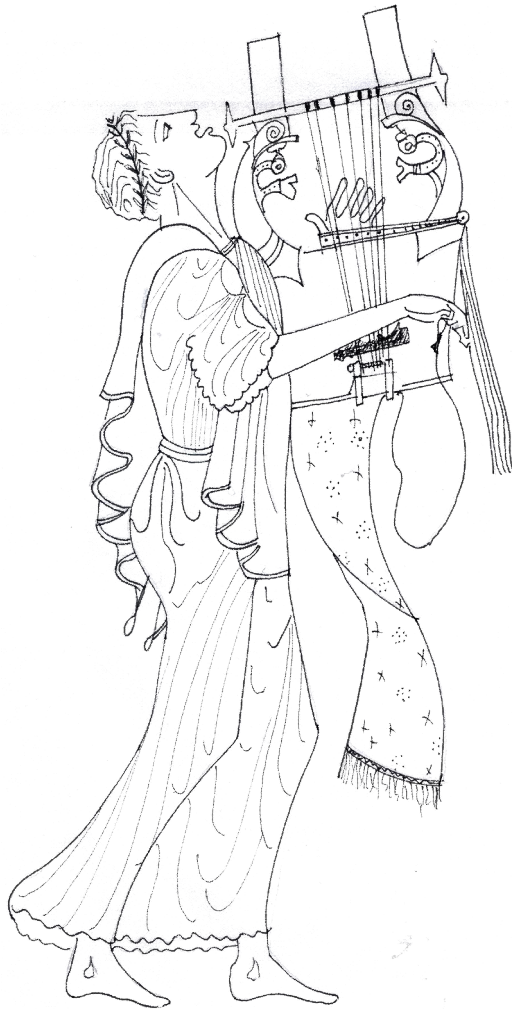


## ANTOLOGÍA DE LA ODISEA.

C. Barea Torres

ἄνδρα μοι ἔννεπε, μοῦσα, πολύτροπον, ὃς μάλα πολλὰ πλάγχθη, ἐπεὶ Τροίης ἱερὸν πτολίεθρον ἔπερσεν· πολλῶν δ' ἀνθρώπων ἴδεν ἄστεα καὶ νόον ἔγνω, πολλὰ δ' ὃ γ' ἐν πόντῳ πάθεν ἄλγεα ὄντα κατὰ θυμόν, ἀρνύμενος ἦν τε ψυχὴν καὶ νόστον ἐταίρων. (*Odisea*, canto I, vv.1-5).

Háblame, Musa, del hombre, sagaz en extremo, que tanto tiempo anduvo errante, tras destruir la sagrada ciudadela de Troya, y vio las ciudades de muchos hombres y conoció su carácter. En el mar soportó, por su propio talante, tormentos sin cuento, luchando por su vida y el regreso de sus compañeros.



Aedo con cítara

Ánfora del Pintor de Berlín (s. V a. C.)

*Odisea* II, 84-114 y IV, 660 -766

***Antinoo***

[II, 84-114]

Antinoo fue el único que replicó a Telémaco:

“¡Deslenguado Telémaco! ¡Insolente! ¡Qué injurias nos has lanzado! Ya te gustaría que tu reproche nos abrumara. Pero, entérate, no son culpables los pretendientes, sino tu amada madre, que sabe perfectamente cómo burlarnos. Ya es el tercer año, y pronto será el cuarto, que lacera el corazón en el pecho de los aqueos. A todos les da esperanzas, y a cada uno en particular le hace promesas y le envía recados; pero su ánimo planea cosas bien distintas. Este otro ardid tramó: sin separarse de su gran telar tejía una tela suave y enorme, y allí nos vino a decir: "¡Mis jóvenes pretendientes! Ahora que ha muerto el divino Odiseo, aguardad, en vuestras pretensiones de matrimonio, hasta que acabe esta tela -no sea que se me arruinen los hilos-, un sudario para el héroe Laertes, para cuando le sorprenda el destino fatal de la penosa muerte..." Eso nos dijo. Y nuestro ánimo impetuoso se dejó persuadir. Desde ese momento tejía de día una magnífica tela, y por las noches, a la luz de las antorchas, la destejía. Así consiguió engañar durante tres años a los aqueos. Pero en el transcurso de las estaciones del cuarto año, habló una de las mujeres, que conocía bien su treta, y pudimos sorprenderla mientras deshacía el tejido. Así fue como, a su pesar, por la fuerza, lo tuvo que terminar. Escucha con atención la respuesta de los pretendientes y que la sepan también todos los aqueos. Haz salir a tu madre, y ordénale que tome por esposo a quien su padre le aconseje y a ella le guste.”

***Penélope***

[IV, 660 -766]

Y, encolerizado, les dijo el hijo de Eupites, Antinoo, cuyas entrañas renegrecían por completo de tan gran furia y sus ojos parecían un fuego centelleante:

“¡Vaya, vaya! ¡Con qué insolencia ha actuado! Aquí está el viaje de Telémaco. Y decíamos que no lo lograría. Pese a tanta oposición, el joven muchacho se va sin más, con un barco presto y habiendo elegido a los mejores del pueblo. ¡Pronto empezará a ser un problema! ¡Ojalá Zeus acabe con su fuerza antes de que alcance su plena juventud! ¡Venga! Dadme un barco rápido y veinte compañeros para prepararle una emboscada cuando regrese: le aguardaré en el paso entre Ítaca y la escarpada Samos, para que el viaje por causa de su padre le sea funesto.”

Así dijo. Y todos estaban de acuerdo y le animaban. Así que, de inmediato, se levantaron y fueron al palacio de Odiseo.

Tampoco Penélope tardó mucho en conocer los planes que los pretendientes tramaban en secreto. Se los contó, en efecto, el heraldo Medonte que se había enterado de ellos cuando estaba afuera en el patio, mientras ellos dentro urdían su emboscada. Cruzó el palacio para comunicárselo a Penélope que lo abordó mientras la buscaba:

“¡Heraldo! ¿Por qué te envían los nobles pretendientes? ¿Para ordenar a las esclavas del divino Odiseo que dejen sus labores y les preparen a ellos el banquete? ¡Ojalá celebraran ya su último festín aquí y dejaran de pretenderme y reunirse aquí, que

de tanto hacerlo estáis consumiendo mi hacienda, el patrimonio de mi buen Telémaco! ¿Es que no habéis oído a vuestros padres contar, cuando erais niños, cómo era Odiseo con vosotros, sus hijos, que ni hizo ni dijo nada malo en el pueblo? Así es la justicia de los reyes divinos: odian a un hombre y a otro lo aman. Pero él jamás fue injusto con hombre alguno. Pero vuestro talante y vuestros actos están a la vista, y no hay gratitud por sus buenas obras.”

Le contestó Medonte, hombre comedido:

¡Ojalá, reina, éste fuera el mayor mal! Pues otro mucho mayor y más terrible planean los pretendientes. ¡Que no lo cumpla el hijo de Crono! Su deseo es matar a Telémaco con el agudo bronce cuando regrese a casa, pues ha ido a la augusta Pilos y a la divina Lacedemonia buscando noticias de su padre...

Sus palabras estremecieron las rodillas y el corazón de Penélope. El estupor la dejó sin palabras un tiempo. Sus ojos se llenaron de lágrimas y su hermosa voz se quebró. Al fin respondió diciéndole:

“¡Heraldo! ¿Por qué se ha marchado mi hijo? No necesitaba para nada embarcar en naves que navegan raudas, que son para los hombres caballos del mar y los transportan sobre tanto líquido. ¿Para que ni su nombre perdure entre los hombres?”

Le contestó Medonte, hombre comedido:

“Ignoro si un dios le incitó o si fue idea suya ir a Pilos para informarse sobre su padre, o su regreso o qué destino ha tenido.”

Terminó de hablar y se marchó por el palacio de Odiseo. De ella se apoderó un mortal desánimo y ni siquiera tuvo fuerzas para sentarse en una silla de las muchas que había en la casa, y se sentó en el umbral de su hermoso aposento llorando amargamente. Todas las esclavas gemían a su alrededor, cuantas había en el palacio, jóvenes y ancianas. Y Penélope les dijo llorando:

“Escuchadme, amigas, pues el Olímpico me ha concedido dolores en mayor número que a todas las que nacieron o crecieron conmigo. Primero perdí a un noble esposo, de corazón de león, mucho más excelente y destacado que cualquier dánao, noble, cuya gloria se extiende por la Hélade hasta el centro de Argos. Y ahora las tempestades han arrancado de palacio a mi hijo, sin gloria, y sin enterarme cuando se fue. ¡Desgraciadas, tampoco a vosotras, a ninguna, se os ocurrió despertarme y eso que sabíais bien cuándo se fue en ese cóncavo navío negro! Si yo hubiera intuido que planeaba ese viaje, se habría quedado aquí por más que deseara viajar o me habría dejado muerta en palacio...”

Entonces le dijo su nodriza Euriclea:

“Hija, márame tú con el bronce implacable o déjame en palacio, pero no te voy a ocultar ni una palabra. Yo estaba al tanto de todo y le di cuanto me pedía: trigo y dulce vino. Y me arrancó una gran promesa: que no te revelaría nada hasta el duodécimo día o hasta que tú misma le echaras en falta o escucharas que se había ido, para que no afearas con lágrimas tu hermosa piel. Pero báñate, ponte ropa limpia y sube con tus sirvientas al piso de arriba para suplicar a Atenea, la hija de Zeus que porta la égida. Ella es quien lo salvará de la muerte. [...]

Así, después de bañarse y ponerse ropa limpia, subió con las doncellas al piso superior. Metió en una cesta unos granos de cebada e imploró a Atenea:

“¡Escúchame, hija de Zeus, portador de la égida, Aritona! Si alguna vez en palacio el astuto Odiseo quemó en tu honor grasos muslos de buey o de oveja, acuérdate de ellos ahora y sálvame a mi hijo y aléjalo de los soberbios pretendientes.”

## *El naufragio*

[X 1-75]



*Como castigo por devorar las vacas de Helios, Zeus destruye la nave de Odiseo.  
Naufragio. Enócoe geométrica. S. VIII a.C.*

Llegamos después a Eolia. Allí habitaba Eolo, hijo de Hipotes, pariente de los dioses inmortales, en una isla flotante. Un infranqueable muro de bronce la rodea por completo y se alza como una piedra lisa. Doce hijos viven en su mansión: seis hijas y seis hijos, jóvenes todos. Él ha dado a sus hijos sus hijas como esposas. Y siempre comen con su padre y su venerable madre. [...] Llegamos a la ciudad y a sus bellas mansiones donde me hospedó un mes entero. Me preguntó por Ilión, por las naves de los argivos y por el regreso de los aqueos y yo le respondí detalladamente a todo. Cuando al fin también yo le pedía y le urgía que me dejara seguir mi camino no dijo a nada que no y dispuso la partida. Me dio un odre hecho con la piel de un buey de nueve años en el que había anudado los rumbos de los ululantes vientos, pues el hijo de Cronos le hizo administrador de los vientos, para que los calme o excite según le plazca. En mi cóncava nave aseguró el nudo con un brillante hilo de plata para que no escapara ni la más ligera brisa. Luego, para mí, dejó que soplara la brisa del Céforo para que nos llevara a nosotros y a las naves. Pero esto no iba a cumplirse, pues nos perdió nuestra propia insensatez.

Navegamos nueve jornadas, de noche y de día, y a la décima ya se vislumbraba nuestra patria y hasta podíamos ver a unos que encendían hogueras allí cerca. Entonces se apoderó de mí, completamente agotado, el dulce sueño, pues había manejado el timón de mi barco sin descanso y sin el relevo de ningún compañero, para llegar cuanto antes a nuestra patria.

Mis compañeros empezaron a hablar entre ellos y decían que yo llevaba a casa oro y plata, regalos del magnánimo Eolo, hijo de Hipotes. Y cuando uno veía a otro cerca, le decía:

“Es increíble cómo le aprecian y le honran todos los hombres cuando llega a una ciudad o a alguna tierra. Ya trae de Troya un espléndido botín, pero nosotros, que hemos hecho el mismo viaje, volvemos a casa con las manos vacías. Y ahora, Eolo,

agradeciéndole su amistad, le ha dado esto. ¡Vamos! Veamos qué es y cuánto oro y plata hay en el odre”

Así se decían y se impuso entre mis compañeros este mal plan: desataron el odre y saltaron fuera todos los vientos e inmediatamente una tempestad los arrebató y los llevó, entre llantos, mar adentro, lejos de la patria. Mientras, yo, despierto ya, dudaba en mi ánimo irreprochable si arrojarme al mar desde el barco para morir o callar y padecer quedándome con los que aún vivían. Así que aguanté y me quedé echado en mi nave, cubriéndome con mi manto. Las naves eran arrastradas de nuevo por la funesta tempestad de viento hacia la isla de Eolo mientras mis compañeros lloraban. Desembarcamos allí e hicimos aguada y en seguida prepararon la cena junto a las rápidas naves. Cuando hubimos comido y bebido, yo, con un heraldo y otro compañero, regresé a la ilustre mansión de Eolo y lo encontré comiendo con su esposa y sus hijos.

Al llegar a la casa, nos sentamos junto a las jambas del umbral. Ellos, sorprendidos, preguntaron:

“¿Cómo es que has vuelto Odiseo? ¿Qué divinidad te persigue hostil? Te despedimos con todo a favor para que llegaras a tu patria, a tu casa o a dondequiera que te fuera querido”.

Así dijeron y yo les respondí con el corazón lleno de pesar:

“La culpa de este desastre ha sido de mis malos compañeros y del funesto sueño. Pero ayudadme, amigos, pues vosotros podéis hacerlo”.

Así les supliqué dirigiéndoles palabras amables, pero ellos permanecieron en silencio hasta que el padre me dijo:

“¡Vete de la isla inmediatamente, tú, el más miserable de los mortales!, pues no acostumbro a recibir ni a despedir a un hombre así, que tan odioso resulta a los dioses felices. ¡Vete, pues llegas aquí con el odio de los inmortales!”



*Escena paródica: Odiseo, sobre dos ánforas es impulsado por el Bóreas  
Escifo de figuras negras.*

*Odisea* VI, 56-70 y 110-185

*Nausicaa*

[VI, 56-70 y 110-185]

Nausicaa se acercó a su padre y le dijo cariñosamente:

“Papá, ¿no me prepararías un carro, alto y con buenas ruedas, para ir al río y lavar los vestidos que tengo sucios? A ti también te conviene llevar puestas ropas limpias cuando presides los consejos con los hombres más importantes; y tienes cinco hijos en palacio, dos casados y tres jóvenes solteros aún, que siempre quieren ir al baile con los vestidos recién lavados. Todo eso está a mi cargo.”

Le dijo esto porque le avergonzaba mencionar a su padre su ansiada boda. Pero él se dio cuenta de todo y le respondió:

“No te diré que no, hija mía, ni a las mulas ni a nada que me pidas. Puedes ir. Los esclavos te prepararán el carro, uno alto y de buenas ruedas, y con una cubierta bien ajustada”.

Así lo hicieron los esclavos, obedeciendo las órdenes: prepararon fuera un carro de buenas ruedas, trajeron las mulas y las uncieron al carro. Mientras la muchacha sacaba de su habitación sus espléndidas ropas y las colocaba en el carro, su madre preparó en una cesta un abundante y sabroso almuerzo, puso también unas golosinas y llenó con vino un odre de piel de cabra. La muchacha se subió al carro y su madre le dio una botellita de oro con aceite líquido para que se untaran ella y las criadas. Nausícaa cogió el látigo, sujetó las magníficas riendas y las hizo restallar. Relincharon las mulas y arrearon al trote, llevando las ropas y a la muchacha, no sólo a ella, pues la acompañaban también sus sirvientas. Nada más llegar a la hermosa corriente donde estaban los lavaderos que manaban agua continuamente (sus hermosos chorros de agua permitían lavar hasta la ropa más sucia), las sirvientas desataron las mulas del carro y las llevaron a orillas del profundo río para que comieran hierba dulce como la miel. Luego, a mano, fueron sacando del carro los vestidos, los sumergieron en el agua oscura y se pusieron a pisotearlos dentro de las piletas, compitiendo entre ellas por ser las más rápidas. Cuando los tuvieron bien lavados y quitaron todas las manchas, los fueron extendiendo en la playa en los sitios a los que el mar devuelve los guijarros más limpios. Luego se bañaron, se untaron abundante aceite y después almorzaron junto a la orilla del río mientras esperaban a que los vestidos se secaran al sol. Tras disfrutar las sirvientas y Nausícaa de la comida, se pusieron a jugar a la pelota, dejando los velos recogidos. Nausícaa, con sus blancos brazos, fue la que empezó la danza. Como Ártemis, provista de sus flechas, camina por los montes –por el alto Taigeto o el Erimanto- y disfruta con los jabalíes y los rápidos ciervos. Las ninfas de los campos, hijas de Zeus que porta la égida, juegan con la diosa; y Leto disfruta de corazón; destaca por su altura y su rostro y es fácilmente reconocible, aunque todas son hermosas. Así se distinguía entre sus sirvientas la joven muchacha.[...]

Cuando ya se disponía a regresar a casa, -las mulas estaban listas y los hermosos vestidos plegados-, en ese momento, la diosa Atenea, sus ojos resplandecientes, planeó algo distinto: Odiseo se despertaría y vería a la hermosa muchacha, que le llevaría a la

ciudad de los feacios. La princesa, entonces, le lanzó a una sirvienta la pelota; no acertó el tiro y la pelota cayó en un hondo remolino. Las muchachas gritaron con fuerza y el divino Odiseo se despertó, se sentó y dijo para sus adentros: “¡Ay de mí!” ¿De qué mortales será la tierra a la que acabo de llegar? ¿Serán, quizá, coléricos y salvajes y ajenos a la justicia o serán hospitalarios y tendrán un talante piadoso? Me han llegado voces de mujer, de muchachas, o de ninfas que habitan cumbres escarpadas de montañas, fuentes de ríos y verdes prados. ¿Realmente estoy cerca de humanos con los que me entenderé? Pero, venga, yo mismo lo comprobaré y lo veré.”

Diciendo así salió de entre los matorrales el divino Odiseo y, del espeso follaje, cortó con su robusta mano una rama con hojas para cubrirse los genitales. Echó a andar como un león montaraz, confiado en su fuerza, que se mueve azotado por la lluvia y el viento, pero le arden los ojos: ataca a las vacas o a las ovejas o va tras las cabras salvajes, pues su estómago le fuerza a intentar meterse incluso en un protegido aprisco. Así iba a mezclarse Odiseo entre las muchachas peinadas con lindas trenzas, aunque él estaba desnudo, pero la necesidad le obligaba. Se les apareció terrible, afeado por el salitre del mar y ellas se desperdigaron corriendo hacia los bajíos de la playa. Sólo se quedó la hija de Alcino, pues Atenea puso valor en sus entrañas y apartó el miedo de sus miembros. Esperó frente a él, de pie, y Odiseo vaciló en suplicar a la hermosa muchacha tomándole las rodillas o suplicarle desde lejos, con dulces palabras, que le mostrara la ciudad y le proporcionara vestido. Pensándolo bien, le pareció mejor suplicarle así, desde lejos, con dulces palabras, por temor a que la muchacha se molestara si él le cogía las rodillas. Así que le dijo con dulzura y astucia:

“Te suplico, princesa. ¿Eres diosa o mortal? Si eres diosa, de las que habitan el ancho cielo, yo te encuentro igual a Artemis, la hija del gran Zeus, por tu porte, tu figura y tu carácter; mas si eres mortal, ¡qué dichosos tu padre y tu venerable madre! ¡qué dichosos tus hermanos!. A ellos, sin duda, les llena de orgullo tu presencia, cuando ven incorporarse al baile a tan hermoso retoño. Pero especialmente feliz, muchísimo más que nadie, será aquél que te lleve a su casa tras ofrecer la dote más grande. ¡Jamás han visto mis ojos un mortal semejante, ni hombre ni mujer! Tu visión me deja sobrecogido. En Delos en cierta ocasión, junto al altar de Apolo, contemplé algo semejante: un brote recién nacido de palmera; pasé por allí también, al mando de un numeroso ejército, en este viaje en el que me iban a ocurrir tantas desgracias. De la misma manera que contemplar aquel retoño cautivó mi ánimo, pues jamás de la tierra brotó un árbol igual, así mujer, contigo me asombro y me sobrecojo y me da temor abrazar tus rodillas, pese al terrible dolor que me embarga. Hasta ayer, tras veinte días, no pude escapar de este mar, rojo como la sangre: el oleaje y terribles tempestades me zarandearon sin descanso desde que salí de la isla de Ogigia. Y alguna divinidad me ha arrojado aquí para que vuelva a sufrir algún mal, pues no creo que se paren, que los dioses aún me reservan muchísimos. Pero, princesa, ten compasión: tras muchas fatigas, tú eres la primera persona que encuentro. No conozco a ningún hombre de los que habitan esta ciudad y su región. Muéstrame la ciudad, dame un trapo para cubrirme, un saco para semillas, si trajiste alguno contigo. ¡Que los dioses te concedan cuanto tu corazón anhela: un marido, un hogar y buena armonía entre ambos! Nada hay mejor ni más hermoso que un hombre y una mujer que comparten su hogar en armonía: a los enemigos les pesa y a los amigos les alegra y, lo más importante, de ellos se habla bien.

Nausícaa, mostrando sus blancos brazos, respondió:

“¡Extranjero! No pareces un hombre malvado ni peligroso. Zeus en persona, el olímpico, reparte la felicidad entre los humanos, a los buenos y a los malos, según le place. Lo que te ha dado a ti, debes soportarlo, aunque te pese. Pero ahora que has llegado a nuestra tierra no te faltará un vestido ni ninguna otra cosa...”

*Odisea* VII, 244-263 y V, 43-268

***Odiseo en Ogigia***  
[VII 244-263]

Hay una isla lejana, Ogigia, en el medio del mar, donde vive la hija de Atalante, la seductora Calipso, de hermosas trenzas, una diosa temible. Nadie se trata con ella, ni dios ni hombre mortal. Pero a mí -¡desdichado!-, sólo a mí, me acogió como huésped cuando Zeus, alcanzando mi rápido navío con su brillante rayo, lo abrasó en medio del ponto vinoso. Allí perecieron los demás, todos mis valientes compañeros, mientras yo, agarrado a la quilla de mi combada nave, fui arrastrado durante nueve días. Al décimo, en la negra noche, los dioses me hicieron llegar hasta Ogigia, donde vive Calipso, la de hermosas trenzas, diosa temible, que, hospitalaria, me amaba y me cuidaba; y me prometía hacerme inmortal y eternamente joven; pero jamás sedujo el corazón que alberga mi pecho.

Allí permanecí, aislado, siete años y constantemente empapaba con lágrimas los vestidos que me dio la inmortal Calipso. Pero, cuando ya iba a cumplirse el octavo año, por fin ella me pidió con apremio que me fuera, por mandato de Zeus o también porque cambió de idea.

***Despedida***  
[V 43-268]

Así habló Zeus y no le desobedeció el mensajero matador de Argos. De inmediato se ató en los pies sus hermosas sandalias de oro, inmortales, que lo llevan sobre el agua y la tierra sin fin al compás de los soplos del viento. Tomó su caduceo, la varita con la que hechiza, a su voluntad, los ojos de unos y con la que a otros, que duermen, despierta también del mismo modo. Con ella en sus manos, emprendió el vuelo el poderoso matador de Argos. Hermes llegó a la espaciosa cueva donde habitaba la ninfa de lindas trenzas y encontró dentro a Calipso.



*Hermes con pétaso, caduceo y sandalias aladas.  
Lécito de figuras rojas (s. V a. C.)*

Ardía en el hogar un gran fuego. El olor de las astillas de cedro y tuya al arder se percibían a lo lejos por la isla. Sentada en el interior estaba cantando con hermosa voz mientras se ocupaba del telar con una lanzadera de oro. Rodeaba la cueva un frondoso bosque de alisos, chopos y aromáticos cipreses. Allí tenían sus nidos aves de grandes alas: búhos, halcones y cornejas marinas de pico alargado que buscan con afán en el mar. En torno a la entrada de la gruta se había extendido una parra de hojas apretadas y rebosante de racimos. Cuatro fuentes de agua clara, muy juntas unas a otras, manaban en varias direcciones y a ambos lados florecían praderas de violetas y apio silvestre. Incluso un inmortal que llegara hasta allí se asombraría y disfrutaría en su ánimo con esa visión. El mensajero que dio muerte a Argos estuvo un rato contemplando con detalle el lugar y luego entró en la espaciosa cueva. Calipso, divina entre las diosas, no tuvo ninguna duda al verlo, pues los dioses, aunque vivan muy lejos, se reconocen entre ellos.

Sin embargo no encontró dentro al magnánimo Odiseo, pues estaba sentado en la playa, llorando, ya que era habitual que desgarrara su ánimo con lágrimas y llantos de dolor mientras contemplaba con ojos llorosos el estéril mar.

Calipso, tras invitarle a sentarse en un hermoso y brillante trono, preguntó a Hermes:

“¿Por qué has venido a mi casa, Hermes querido, con tu varita de oro? No es frecuente que me visites. Dime qué pretendes: mi intención es cumplirlo si puedo y es realizable. Pero sígueme primero, que te honre con mi hospitalidad.”

Al tiempo que hablaba así la diosa preparó una mesa repleta de ambrosía y mezcló rojo néctar. El mensajero matador de Argos bebió y comió y, una vez satisfecho su apetito, respondió a Calipso diciéndole:

“Me preguntas, diosa, a qué vengo yo, un dios. No voy a andarme con rodeos, pues no lo haces tú. Zeus me ordenó venir aquí en contra de mi deseo. ¿Quién por propia iniciativa atravesaría tan vasta extensión de agua salada? No hay ni una ciudad con hombres que ofrezcan a los dioses templos y hecatombes de selectos animales. Pero

está claro que ningún dios puede evitar o incumplir un designio de Zeus portador de la égida. Dice que está contigo un hombre, el más desdichado de cuantos lucharon en torno a la ciudad de Príamo durante nueve años y al décimo destruyeron la ciudad y regresaron a sus casas. Pero durante el viaje de regreso ofendieron a Atenea, que lanzó contra ellos un viento funesto y grandes olas. Todos sus leales compañeros perecieron entonces y el viento lo trajo a él hasta aquí, arrastrado por el oleaje. Ahora te ordena que le dejes marchar sin más dilación, pues no es su destino morir aquí lejos de los suyos, sino que está decidido que pueda verlos y regresar a su casa de altos techos y a su tierra patria.”

Su respuesta hizo que Calipso, divina entre las diosas, se estremeciera y dijera a su vez estas aladas palabras:

“Sois crueles, dioses, y más celosos que nadie. Os irritáis con las diosas que, sin tapujos, se acuestan con humanos, si alguna toma a uno como amante. Eso pasó con la Aurora de rosáceos dedos: raptó a Orión y los dioses, que viven felices, estuvisteis irritados hasta que lo mató la sagrada Artemis de trono de oro en Ortigia disparándole sus flechas... Así os irritáis contra mí, dioses, porque vivo con un mortal. Yo lo salvé cuando, ya solo, flotaba agarrado a la quilla del rápido barco que Zeus hizo naufragar con un golpe de su brillante rayo en medio del rojizo mar... Yo lo amaba y lo cuidaba, y le decía que podía hacerlo inmortal y eternamente joven. Pero como es totalmente imposible que otro dios evite o incumpla el designio de Zeus, portador de la égida, que se vaya, si él me lo manda y ordena, por el estéril mar. Pero yo no lo puedo llevar; ni tengo barcos de remos ni compañeros que lo lleven a lomos del ancho mar. Pero le aconsejaré benévola sin ocultarle nada, para que pueda regresar sano y salvo a su patria.”

Y el mensajero matador de Argos le dijo:

“Despídele ahora ya, y evita la cólera de Zeus no sea que por estar irritado sea duro contigo en adelante.”

Con estas palabras se despidió el fuerte matador de Argos y la venerable ninfa fue a buscar a Odiseo en cuanto terminó de escuchar las órdenes de Zeus.



*Odiseo contempla el mar desde la isla de Calipso, Ogigia.*  
Relieve en bronce. Carrillera de un casco de finales del siglo V a. C.

Lo encontró, como era de esperar, sentado en la orilla del mar: nunca se secaban de lágrimas sus ojos, y su dulce vida se le iba añorando el regreso, pues ya ni le resultaba agradable la ninfa. Pasaba las noches con ella en la cueva por necesidad, sin amor por quien sí le amaba a él. Pero por el día, sentado en las piedras de la orilla, desgarrando su ánimo con lágrimas y lamentos de dolor, perdía la mirada empapada en lágrimas por el estéril mar. La divina entre las diosas se acercó hasta él y le dijo:

“¡Infeliz!, no te laments más por mí ni dejes que tu vida se consuma, que voy a despedirme de ti de buen grado. Vamos, vamos, corta unos maderos largos y construye con tu espada de bronce una ancha almadía y acomódale una tablazón bien alta para que te lleve a través del sombrío mar. Yo te traeré pan y agua y vino tinto en abundancia que alejen de ti el hambre, y te proporcionaré ropa. Enviaré un viento a tu favor para que llegues sano y salvo a tu patria, si así lo quieren los dioses que dominan el ancho cielo, que son más poderosos que yo para preverlo y cumplirlo.”

Lo que dijo hizo estremecerse al divino Odiseo, tan sufrido, y en respuesta le dijo estas aladas palabras:

“Algo distinto, diosa, pretendes tú ahora, que no es mi regreso, si me ordenas que atravesase en una balsa este abismo marino, terrible y peligroso; ni siquiera equilibradas naves de proa ligera, favorecidas por el soplo de Zeus, pueden surcarlo. No quisiera llevarte yo la contraria no subiendo a esa balsa, pero tendrías que consentir, diosa, en hacer un gran juramento de que no tramarás contra mí ningún sufrimiento funesto.”

Calipso, la divina entre las diosas, sonrió con estas palabras. Lo cogió con la mano y le dijo:

“¡Qué taimado eres, aunque no seas malintencionado! ¡Qué palabras eres capaz de decir! Sean testigos de esto la tierra y el ancho cielo en lo alto y abajo el agua que corre de Estige, -es éste el mayor y más terrible juramento para los dioses bienaventurados-, de que no tramaré contra ti ni el más mínimo sufrimiento. Lo que pienso y voy a aconsejarte es lo que querría para mí misma ante una necesidad semejante: mi intención es buena y no mueve mi pecho un ánimo de hierro sino la compasión.”

Terminó de hablar la divina entre las diosas y marchó ágil. Odiseo siguió tras los pasos de la diosa. Llegaron ambos, la diosa y el hombre, a la cóncava cueva: él se sentó en el mismo trono que se había sentado Hermes y la ninfa dispuso toda clase de alimentos para que comiera y bebiera lo que comen los mortales. Se sentó enfrente de Odiseo y sus sirvientes prepararon para ella ambrosía y néctar. Fueron cogiendo con sus manos los alimentos preparados y dispuestos ante ellos y cuando saciaron su hambre y su sed, Calipso, la divina entre las diosas, fue la primera en hablar:

“Hijo de Laertes de linaje divino, sagaz Odiseo, ¿así que quieres volver ya a tu casa y a tu tierra patria? Adiós entonces de todos modos. Si fueras consciente de cuántas calamidades te depara el destino antes de regresar a tu hogar, te quedarías aquí conmigo, protegiendo esta casa, y serías inmortal, aunque añoraras a tu esposa cuyo anhelo llena tus días. Puedo jactarme de no ser inferior a ella, ni en físico ni en cualidades, que no es propio de los mortales competir con los inmortales en el físico y la apariencia.”

Siempre astuto, Odiseo le contestó:

“Mi venerada diosa, no te irrites conmigo por eso; soy bien consciente de todo: bien mirada, la prudente Penélope es inferior a ti en belleza y en estatura, pues ella es mortal y tú sin vejez e inmortal. Pero aún así no hay un solo día que no quiera y anhele volver a mi casa y ver el día de mi regreso. Si alguno de los dioses me ataca de nuevo en el mar rojo como el vino, mi corazón lo soportará con ánimo paciente, pues ya he soportado mucho y mucho he sufrido en el mar y en la guerra: éste será uno más.”

Así dijo. El sol se puso y anocheció. Ellos se dirigieron al interior de la cóncava cueva a gozar del amor acostándose juntos.

En cuanto despuntó la Aurora de rosáceos dedos, Odiseo se vistió una túnica y un manto y la ninfa se puso un amplio vestido blanco, suave y favorecedor, se ciñó un cinturón de oro y se ajustó un velo en la cabeza. Empezó a preparar la partida del magnánimo Odiseo: le dio un hacha grande, bien equilibrada, de bronce, con doble filo. Su mango era de buena madera de olivo, bien ajustado. También le dio una azuela bien pulida y le acompañó hasta un extremo de la isla donde habían crecido altos árboles, - alisos, álamos y abetos que alcanzan el cielo- secos y endurecidos por el tiempo y capaces de flotar ligeros. Calipso, la divina entre las diosas se fue a casa, mientras él cortaba los troncos. No tardó en acabar el trabajo: derribó veinte en total, los cortó con el bronce y los pulió... Acabó todo en cuatro días y al quinto, la divina Calipso lo despidió de su isla... enviándole un suave y favorable viento.

*Odisea IX, 105-115 y 170-565*

### ***Los cíclopes***

[IX 105-115]

Desde allí seguimos navegando con el corazón afligido y llegamos a la tierra de los cíclopes, soberbios y salvajes, que, como sabéis, confiados en los dioses inmortales ni aran ni cultivan la tierra con sus manos, pues todo les crece sin sementera ni arado: trigo, cebada y vides que hace madurar para ellos la lluvia de Zeus y les proporcionan vino de apretados racimos. No tienen asambleas donde deliberar ni leyes, sino que habitan las cumbres de altas montañas en cóncavas grutas y cada cual dicta sus leyes a sus hijos y esposas, sin preocuparse del resto...

### ***Polifemo***

[IX 170-565]

Apenas despuntó con el alba la Aurora de dedos rosáceos, convoqué una asamblea y les dije a todos:

“Quedaos aquí los demás, mis leales compañeros, mientras yo con mi nave y mi tripulación voy a ver quiénes son esos hombres, si son soberbios y salvajes, carentes de justicia u hospitalarios y de carácter piadoso con los dioses.”

Con estas instrucciones embarqué y ordené a la tripulación embarcarse también y soltar las amarras. Subieron a bordo y se sentaron en los bancos. Así, sentados en fila, batían con los remos el mar espumoso. Cuando nos aproximamos a ese lugar, vimos allí, en un extremo de la costa, una cueva alta, al abrigo de laureles. Cantidad de reses, ovejas y cabras, se guardaban allí de noche. A su alrededor se había construido un corral enorme con piedras trabadas entre altos pinos y frondosas encinas. Allí vivía un hombre monstruoso que apacentaba su ganado él solo y lejos de los demás, pues no se relacionaba con ellos, sino que, al estar aislado, no conocía leyes. Verdaderamente asombraba su monstruosidad, pues no se parecía a un hombre comedor de pan, sino a una cumbre boscosa que, entre altas montañas, aparece aislada entre las demás.

Entonces ordené a una parte de mis leales compañeros que se quedaran allí junto al barco y guardaran la nave, mientras yo, tras haber escogido a los doce mejores, me puse en marcha. Llevaba un odre de piel de cabra con un dulce vino tinto que me regaló

Marón, hijo de Evante, el sacerdote de Apolo que protegía Ismaro, por haberles salvado la vida a él, a su mujer y a su hijo... Llené un gran odre con él y también metí provisiones en un saco, pues tuve la intuición de que iba a encontrar a un hombre dotado de una fuerza terrible, salvaje y desconocedor de la justicia y sus reglas. No tardamos en llegar a su antro, pero no lo encontramos dentro pues estaba pastoreando en el prado sus pingües rebaños. Al entrar en el antro todo nos causaba admiración: los cestos estaban cargados de quesos y los corrales llenos de corderos y cabritos. Todos encerrados por separado: en un corral los lechales, en otro los medianos y en otro los recentales. Todos los recipientes para suero estaban rebosantes: colodras y orzas bien torneadas con las que ordeñaba. Mis compañeros suplicaron que lo antes posible cogiéramos unos quesos y regresáramos y que más tarde a toda prisa tras coger los cabritos y los corderos de sus corrales nos hiciéramos a la mar salada. Pero yo no hice caso, -¡Hubiera sido mucho mejor!- para poder verlo y ver si me daría también presentes de hospitalidad. Desde luego su aparición no iba a ser del gusto de mis compañeros.

Encendimos un fuego, hicimos un sacrificio y comimos unos quesos que habíamos cogido allí. Lo esperamos dentro, sentados, hasta que volvió de los prados. Traía un enorme fardo de leña seca para prepararse la cena y lo arrojó al interior de la gruta haciendo un enorme estrépito. Nosotros nos asustamos y nos refugiamos al fondo de la cueva. Luego él metió en el inmenso antro a todos los hermosos animales que tenía que ordeñar y dejó en la entrada a los machos, corderos y machos cabríos, fuera de la profunda sala. De inmediato levantó y ajustó en la entrada una gran roca, tan enorme que no la habrían levantado del suelo ni veintidós buenos carros de cuatro ruedas. ¡Tal era la tremenda piedra que ajustó en la entrada! Luego se sentó a ordeñar las ovejas y las baladoras cabras, todo según ha de hacerse, pues después colocaba una cría debajo de cada una... Cuando terminó de hacer sus faenas, encendió un fuego y nos vio. Entonces nos preguntó:

“Forasteros, ¿quiénes sois? ¿De dónde venís surcando los húmedos senderos? ¿Os dedicáis al comercio o vais errantes sin rumbo, como los piratas, por el mar, que van errantes arriesgando sus vidas y haciendo daño a otras gentes?”

Sus palabras hicieron que nuestro corazón se estremeciera de nuevo, asustados con ese vozarrón profundo y su monstruoso aspecto, pero aún así respondí diciéndole:

“Somos aqueos que volvemos de Troya, zarandeados por vientos de todas clases sobre el gran abismo del mar y de vuelta a casa llevamos un camino distinto y distintas rutas. Así parece que Zeus ha querido disponerlo. Nos honramos de ser tropas de Agamenón, el hijo de Atreo, cuya fama es ahora gigantesca bajo el cielo, pues devastó una importante ciudad y aniquiló hombres sin cuento. Nosotros hemos llegado aquí ante tus rodillas y te suplicamos, por si nos das un don de hospitalidad o nos ofreces cualquier otro presente apropiado para unos huéspedes. Respeta, pues, a los dioses, amigo. Somos suplicantes tuyos, y Zeus es protector de suplicantes y forasteros, es el hospitalario, que vela por los extranjeros dignos de respeto.”

Mis palabras fueron contestadas de forma cruel diciendo:

“Eres estúpido, forastero. Desde luego vienes de lejos, tú que me ordenas temer o respetar a los dioses. Los cíclopes, desde luego, no se ocupan de Zeus portador de la égida ni de los dioses felices, pues somos mucho más fuertes. No esperes que yo por evitar el rencor de Zeus vaya a respetaros a ti ni a tus compañeros, a no ser que me venga en gana. Pero dime dónde has ido a dejar tu bien construida nave, si está lejos o cerca, para que yo lo sepa.”

Me ponía a prueba con sus palabras, pero no me engañó, pues yo sé mucho de engaños, y le contesté, a mi vez, con cautela:

“Mi barco, lo destrozó Posidón, el que sacude la tierra, arrojándolo contra unos arrecifes en los confines de vuestra tierra, estrellándolo en un peñasco y el viento lo sacó del mar. Sin embargo yo, con mis compañeros, conseguí huir de una ruina extrema.”

Así le dije, pero en lugar de responderme cruelmente, se nos abalanzó y echo mano a mis compañeros. Agarró a dos, como a cachorrillos, y los golpeó en la tierra. Su cerebro resbaló hasta el suelo, empapando la tierra. Los descuartizó, los preparó como cena y se los comió, como un león monstraraz, sin dejarse nada, ni las vísceras, ni la carne, ni sus huesos con médula. Nosotros llorábamos y levantábamos nuestras manos a Zeus al ver cosas tan atroces, incapaces de reaccionar. El cíclope, tan pronto llenó su gran vientre de carne humana y de leche pura, se echó a dormir en la cueva, acostándose entre los rebaños. Yo me llené de coraje y pensé acercarme a él, sacar del costado mi aguda espada y clavársela en el pecho, entre el corazón y el hígado, y la tenté con mi mano. Me detuvo una idea distinta: nosotros también habríamos tenido allí la peor de las ruinas, pues no habiéramos podido quitar de aquella altísima entrada con nuestras manos la enorme piedra que había colocado. Así que, sollozando, esperamos a la divina Aurora. Y apenas despuntó al alba la Aurora de rosáceos dedos, el cíclope encendió el fuego y se pudo a ordeñar sus hermosas ovejas, todo según ha de hacerse, y les puso a cada una debajo una cría. En cuanto acabó de hacer sus faenas, cogió de nuevo a dos compañeros y se los preparó como almuerzo. Cuando terminó de almorzar, sacó de la cueva su hermoso rebaño, apartando con facilidad la enorme roca de la puerta. Luego la encajó de nuevo como si colocara la tapa de una aljaba. Mientras el cíclope guiaba hacia al monte su hermoso rebaño con grandes silbidos, yo me quedé meditando su ruina, si podía vengarme y Atenea atendía mi ruego. Ésta me pareció en mi ánimo la mejor decisión: junto al redil del cíclope había una enorme vara de olivo, verde aún. La había cortado para usarla una vez seca. Cuando la vimos, nos pareció igual que el mástil de una negra nave de veinte remos, como el de un gran mercante que surca el enorme abismo marino. ¡Así era de larga y de gruesa! Me acerqué y le corté como una braza y se la pasé a mis compañeros para que la pulieran. La pelaron y yo afilé la punta. Luego la sujeté y la puse al rojo vivo en las brasas del fuego y después la metí bien tapada en el estiércol que estaba extendido en abundancia por toda la cueva. Luego ordené a los demás que echaran a suertes quién tendría que atreverse a levantar conmigo la estaca para clavarla en su ojo, cuando le invadiera el dulce sueño. Salieron elegidos los que yo mismo hubiera escogido, cuatro, y yo, el quinto, me puse con ellos.

Vino al atardecer, pastoreando las ovejas de hermosa lana y en seguida metió el rebaño en la inmensa cueva, todo entero, sin dejar ningún animal fuera de aquella profunda sala, porque o sospechaba algo o un dios así lo ordenaba... Cuando acabó sus faenas, cogió a otros dos compañeros y se preparó la cena. Después yo me acerqué, con un cuenco de negro vino en las manos, y le dije:

“Eh, cíclope, bebe vino, después de comer carne humana, para que conozcas qué clase de bebida transportaba nuestro navío. Te traía esta libación por si me compadecías y me dejabas ir a casa, pero has enloquecido a más no poder. ¡Monstruo! ¿Cómo podría acercarse a ti cualquier otro mortal en el futuro, tal como has actuado fuera de toda regla?”

Así le dije y él lo aceptó y se lo bebió de un trago. Tanto le gusto el dulce vino que había bebido, que empezó a pedir, con insistencia, una segunda copa:

“Dame más, amigo, y dime tu nombre ya, para hacerte un regalo de hospitalidad con el que puedas alegrarte tú. Nuestra fértil tierra ofrece a los cíclopes un vino de apretados racimos que hace madurar la lluvia de Zeus, pero éste es un torrente de ambrosía y néctar”

Así dijo y le serví de nuevo negro vino. Tres veces le ofrecí solícito y las tres veces se lo bebió sin sospechar nada. Cuando el vino nubló los sentidos del cíclope, justo entonces le dije con dulces palabras:

“¡Cíclope! ¿Preguntas con qué nombre me conocen? Ahora mismo te lo diré yo y tú dame el regalo de hospitalidad, tal como has prometido. Nadie es mi nombre. Nadie me llaman mi madre y mi padre y todos los demás, como mis compañeros.”

Así dije y él me contestó sin un atisbo de piedad:

“A Nadie me lo comeré yo el último, después de sus compañeros y antes, a los demás: éste es el regalo de hospitalidad que te voy a reservar”.

Dijo y, al querer reclinarse, cayó de espaldas, de forma que yacía con su grueso cuello torcido y el todopoderoso sueño se apoderó de él completamente. De su garganta se escapaba el vino y pedazos de carne de mis hombres, al eructar borracho. Entonces yo metí la rama de olivo entre las abundantes ascuas para que se calentara y animaba a todos los compañeros con mis palabras para que ninguno, por miedo, me descubriera. Cuando ya faltaba poco para que la rama ardiera en el fuego – aunque estaba verde – y empezaba a alumbrar demasiado, entonces la saqué del fuego y mis compañeros se colocaron a mi alrededor, pues alguna divinidad les inspiró un gran valor. Ellos agarraron la estaca de olivo, por el extremo afilado, y la clavaron en su ojo y yo desde arriba, apoyándome, empecé a darle vueltas igual que cuando uno hace un agujero con el taladro en el mástil de un barco y otros, desde abajo, lo mueven con la correa que han sujetado por ambos extremos haciendo que corra sin cesar; así, en su ojo, hacíamos girar la estaca al rojo vivo y la sangre brotaba alrededor de ella porque estaba caliente. Al arder, una llamarada de la pupila quemó por completo sus párpados y las cejas y, con el fuego, crepitaban las raíces como cuando un herrero sumerge en agua fría una gran hacha o una azuela –que grita muchísimo al ser templada, pues en eso reside la fuerza del hierro-. Así silbaba su ojo entorno a la estaca de olivo. Él gritó de un modo espantoso y las piedras resonaron a nuestro alrededor; asustados, nosotros nos apartamos y él se arrancó del ojo la estaca, que estaba empapada con muchísima sangre e inmediatamente, fuera de sí, la tiró lejos y empezó a llamar a gritos a los cíclopes, que, como es sabido, vivían a su alrededor en cuevas dispersas por las cumbres que azota el viento.

Al escuchar sus gritos, iban de un lado a otro y colocándose en torno a su cueva le preguntaban qué le ocurría:

“¿Por qué has gritado así, Polifemo, tan angustiado, en mitad de la inmortal noche y nos has despertado? ¿Es que algún mortal se lleva a la fuerza tu ganado? ¿O alguien te está matando con engaño o por la fuerza?”

Y les respondió desde su cueva Polifemo:

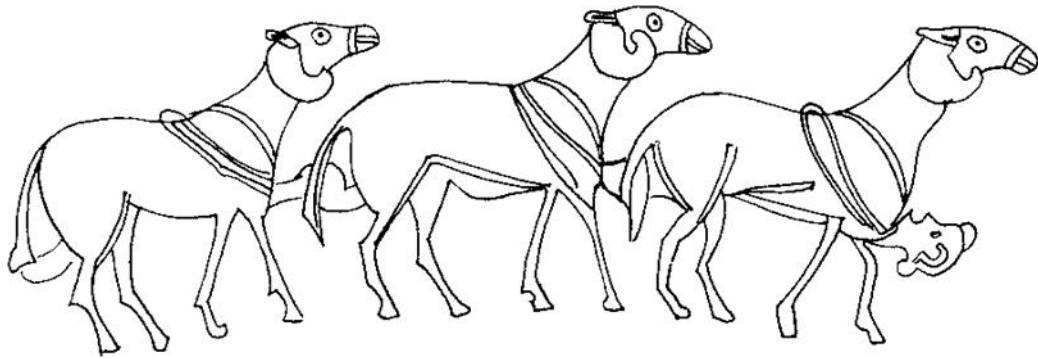
“¡Ay, amigos! Nadie me mata con engaño, no por la fuerza”.

Y ellos le contestaron con estas palabras aladas:

“Pues si Nadie te ataca y estás solo, es imposible sortear la enfermedad que te envía el gran Zeus, aunque, tú, por si acaso, suplica a tu padre, el soberano Poseidón”.

Así le dijeron mientras se alejaban y mi corazón se rió, pues mi nombre y mi ingenio incontestable habían conseguido engañarlos. El cíclope, gimiendo y retorciéndose de dolor, apartó la roca de la entrada tanteando con las manos y se sentó en la puerta con los brazos extendidos por si cogía a alguno intentando escapar con las ovejas. ¿Esperaba que yo fuera tan estúpido? Pero yo planeaba cómo podrían salir mejor las cosas: si encontraría para mis compañeros y para mí mismo una escapatoria a la muerte. Daba vueltas a todo tipo de engaños y argucias –¡Nos iba en ello la vida!- pues un gran mal nos acechaba y ésta me pareció, en mi ánimo, la mejor decisión: había unos carneros para cría, con espesos vellones, hermosos y grandes, de lana violácea. Sin

hacer ruido, me puse a atarlos de tres en tres con los mimbres entrelazados sobre los que dormía el cíclope, ese monstruo tan experto en impiedades. El cordero del centro llevaba a un hombre y los otros dos marchaban a ambos lados como protección para mis compañeros: tres carneros llevaban a cada hombre.



*Odiseo y sus compañeros escapan de la cueva de Polifemo  
Lécito ática de figuras negras (s. V a.C.)*

Entonces yo –como había un carnero que era sin duda el mejor de todos– lo cogí por el lomo y me coloqué bajo su vientre hecho un ovillo. Pacientemente me mantuve sujeto a sus divinos vellones de lana. Así, gimiendo, esperamos a la divina Aurora. Cuando apareció al alba la Aurora de rosáceos dedos, sacó a pastar a los machos, mientras las hembras sin ordeñar balaban en los rediles, pues sus ubres estaban repletas. Su dueño, atormentado por terribles dolores, palpaba el lomo de todos los carneros conforme pasaban erguidos. ¡Ese necio no se percató de que mis hombres iban atados al vientre de los lanudos carneros! El último en salir por la puerta fue el carnero cargado con su lana y conmigo –yo estaba increíblemente inquieto. El terrible Polifemo lo palpó y le dijo:

“Carnero querido, ¿por qué me sales el último de la cueva? Antes nunca ibas rezagado entre las ovejas, sino que, el primero, a grandes saltos, pastabas los tiernos brotes de hierba y alcanzabas el primero las corrientes de los arroyos y ansiabas regresar el primero al establo al atardecer. Pero ahora sales el último de todos. ¿Es que añoras el ojo de tu amo? Lo ha cegado del todo un hombre malvado, con la ayuda de sus viles compañeros, domeñando mi mente con su vino, Nadie, que, así lo digo, aún no ha escapado a la muerte. Ojalá tuvieras entendimiento y pudieras hablar para decirme dónde se esconde ése de mi furia. Lo golpearía y esparciría su cerebro por toda la cueva, por aquí y por allá, y mi corazón se recuperaría de las penas que le causó el ruin Nadie.” Diciéndole así, empujó al carnero hacia la salida.

Cuando estaba lo bastante lejos de la cueva y del redil, me solté del carnero el primero y desaté a mis compañeros. En seguida rodeamos a las reses más gordas y guiamos a la mayoría al trote hasta llegar al navío. ¡Qué alegría para nuestros compañeros cuando aparecimos los que estábamos vivos y qué llantos por los otros! Con gestos, levantando las cejas, les prohibí que lloraran y les ordené en cambio que subieran al barco el abundante rebaño de hermosa lana para surcar de nuevo las aguas saladas. Subieron a bordo y se sentaron en los bancos. Así, sentados en fila, batían con

los remos el mar espumoso. Cuando ya estaba lo bastante lejos para poderme hacer oír si gritaba, le dije al cíclope con palabras mordaces:

“¡Cíclope!, no eran de un hombre cualquiera los compañeros que te estabas comiendo en la cóncava cueva con esa terrible violencia. ¡Por fuerza debía volverse contra ti tu maldad, monstruo, pues osaste comerte en tu casa a tus huéspedes! Por eso te han castigado Zeus y los demás dioses.

Mis palabras lo irritaron más todavía y arrancó la cima de una montaña y nos la tiró lanzándola delante de nuestro navío de azulada proa...

De nuevo le grité al cíclope, pero mis compañeros, por todos lados, intentaban calmarme diciéndome:

“¡Desdichado!, ¿por qué quieres irritar a ese salvaje?...”

Pero no me convencieron y de nuevo le grité con rencor:

“Cíclope, si algún mortal te pregunta por la vergonzosa ceguera de tu ojo, dile que te cegó Odiseo, conquistador de ciudades, el hijo de Laertes, que tiene su casa en Ítaca”

Así le dije y el me respondió a gritos:

“¡Ay de mí! Justo ahora me alcanza la antigua profecía divina. Hubo aquí un adivino, noble y poderoso, Télemo Eurimida, que sobresalía por sus dotes proféticas y practicó la adivinación hasta que envejeció con los Cíclopes. Él me reveló que todo esto se había de cumplir en el futuro: que perdería la vista a manos de Odiseo. Pero siempre creí que llegaría aquí un hombre grande y fuerte, un hombre valeroso. Y resulta que es uno pequeño, poca cosa y debilucho, el que me ha dejado sin ojo porque me ha vencido con vino. Pero ven, Odiseo, acércate para darte mis presentes de hospitalidad y suplique al Sacudidor de la tierra que permita tu regreso a la patria. Yo soy su hijo y él se ufana de ser mi padre. Él, si quiere, me curará, no lo hará ningún otro de los dioses felices ni de los hombres mortales”.

Así dijo y le respondí yo:

“Ya quisiera yo poder dejarte sin alma y sin vida: enviarte a la mansión del Hades... pero tu ojo no lo va a curar ni el Sacudidor de la tierra”.

Así le dije y él comenzó a rogar al soberano Poseidón, alzando las manos hacia el cielo estrellado:

“Escúchame Poseidón, tú que abrazas la tierra. Si es cierto que soy tuyo –y tú te ufanas de ser mi padre- concédeme que no alcance su casa Odiseo, destructor de ciudades. Y si es su destino ver a los suyos y regresar a su hogar, a su tierra patria, que tarde en llegar y lo haga mal, tras perder a todos sus compañeros, con una nave ajena y que encuentre calamidades en su casa”.

Tal fue su ruego y lo escuchó el dios de azul cabellera. Y luego él levantó otra piedra mucho más grande y volteándola, le imprimió una fuerza enorme y la arrojó justo detrás de nuestra nave de proa azul. Poco faltó para que alcanzara el timón... Por fin llegamos a la isla donde nos esperaban los demás barcos... Durante todo el día hasta la puesta del sol nos quedamos allí, comiendo y bebiendo vino en abundancia... En cuanto amaneció la Aurora de dedos rosáceos... embarcamos y seguimos navegando con el corazón afligido por la pérdida de nuestros queridos compañeros.

*Odisea X, 135-574*

*Circe*  
[X 135-574]

Llegamos a la isla de Eea. Allí vivía Circe, de lindas trenzas, una diosa terrible, con voz humana, la famosa hermana del despiadado Eetes. Ambos son hijos de Helios, que alumbra a los mortales, y de Perses, su madre, hija de Océano. Navegamos con nuestra nave sigilosamente junto a la costa hasta un puerto resguardado y nos guiaba también algún dios. Desembarcamos y estuvimos durmiendo dos días y dos noches, agotados de cansancio y de dolor. Cuando la Aurora, de lindas trenzas, completó el tercer día, cogí una lanza y mi aguda espada y subí a un lugar panorámico por si podía divisar actividad humana y sentir alguna voz. Me detuve cuando el terreno ya no era accesible y, procedente de un valle abierto, me llegó el humo del palacio de Circe metido en un bosque de espesos encinares...

Escuchad lo que voy a decir, compañeros que tanto habéis sufrido:

“He visto, amigos, desde allí arriba que la isla está rodeada, como una corona, por un mar sin fin. Es llana y he divisado en el centro, en medio de un bosque de espesos encinares, humo.”

Al contarles esto, el recuerdo de los desmanes de Antífates el lestrigón y la violencia del desalmado cíclope antropófago, les estremeció el corazón y lloraban a gritos, con abundantes lágrimas. Pero de nada les sirvieron sus lamentos.

Entonces yo hice dos grupos con todos mis compañeros de hermosas grebas y les asigné sendos jefes: yo mismo estaba al mando de unos y el divino Euríloco se ocupó de los otros. Rápidamente echamos suertes en un casco de bronce y salió la de Euríloco, siempre bien dispuesto. Se puso en marcha, pues, y con él sus veintidós compañeros. Nosotros, les despedimos llorando. E igual nos dejaron a nosotros.

En un valle encontraron la mansión de Circe construida con piedras pulidas en un lugar bien elegido. A su alrededor había lobos montaraces y leones, hombres que ella había hechizado con sus maléficas pociones. Pero no atacaron a los hombres, sino que se levantaron meneando sus largas colas. Igual que los perros menean sus rabos entorno al amo que regresa de un banquete pues siempre les obsequia con algo que calme su hambre, así meneaban sus colas los lobos de fuertes garras y los leones en torno a mis hombres, que se habían asustado al ver las feroces fieras.

Se detuvieron en las puertas de la diosa de hermosas trenzas, y mientras escuchaban cómo Circe cantaba dentro con su hermosa voz, al tiempo que tejía una gran tela inmortal, cual son las labores de las diosas, sutiles, preciosas y espléndidas, Polites, jefe de hombres, que era para mí el más apreciado y fiel de los camaradas, comenzó a hablarles:

“Amigos, dentro hay alguien cantando mientras teje una gran tela y todo el pavimento resuena, o una diosa o una mujer; llamemos de inmediato”.

Así dijo y gritaron llamándola. Circe salió enseguida abriendo las resplandecientes puertas y les invitó a entrar. Todos ellos la siguieron insensatamente. Salvo Euríloco, que se quedó, pues temía que fuese una trampa. Los hizo pasar y sentarse en sillas y sillones y les preparó una mezcla de queso, harina y miel fresca con vino de Pramnos, pero mezcló con la comida filtros mágicos para que olvidaran por completo su tierra patria. En cuanto se los dio y los tomaron, los golpeó de inmediato con su varita y los encerró en las pocilgas. Sin duda de cerdos tenían las cabezas, la voz, el pelo y el cuerpo, pero su mente permanecía exactamente igual que antes. Por eso se quedaron encerrados llorando y Circe les echó de comer bellotas, hayucos y frutos del cornejo, lo que comen siempre los cerdos que se revuelcan por el suelo.

Euríloco vino raudo a nuestra veloz nave negra, para dar noticia de los compañeros y su amarga suerte. La ansiedad no le dejaba decir ni una palabra, angustiado de corazón por la terrible pena; sus ojos se llenaban de lágrimas y sus

sentimientos le provocaban el llanto. Cuando ya todos estábamos impacientes con tanta pregunta, entonces nos explicó la desgracia de los demás compañeros:

“Nos adentramos, como ordenaste, en el bosque, ilustre Odiseo, y hallamos en el valle una hermosa edificación a base de piedras talladas, en un claro del lugar. Dentro, alguien, una diosa o una mujer, cantaba mientras se ocupaba del telar. Los nuestros la llamaron a voces y ella salió abriendo las brillantes puertas y nos invitó a entrar. Todos la siguieron inconscientemente, pero yo me quedé porque sospeché que era una trampa. Desaparecieron todos juntos y ninguno volvió a aparecer, aunque yo estuve largo tiempo a la espera, observando.”

En cuanto terminó de hablar, me ajusté al hombro mi gran espada de bronce y clavos de plata y me crucé el arco y le pedí que me enseñara el camino. Pero él se abrazó a mis rodillas y me dirigió, entre lamentos, estas aladas palabras:

“No me lleves allí a la fuerza, descendiente de Zeus, déjame aquí, pues, creo, que ni regresarás tú ni traerás a ninguno de tus compañeros. Huyamos rápidamente con éstos, pues aún es posible evitar el día funesto.”

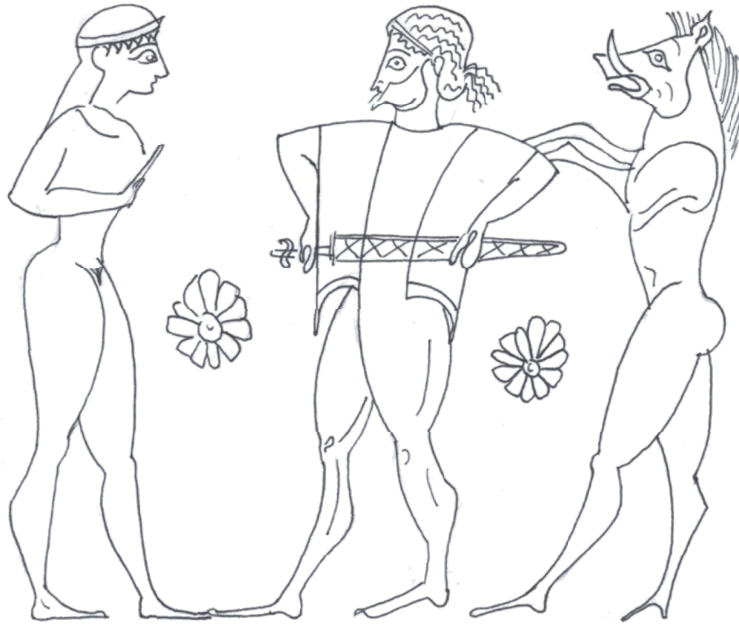
Así dijo y yo le contesté diciendo:

“Euríloco, quédate aquí, en este lugar, y come y bebe algo junto a nuestro negro y cóncavo navío, pero yo me voy. Es mi imperioso deber.”

Con estas palabras me alejé del barco y del mar, pero cuando ya casi estaba, atravesando los bosques sagrados, en la casa de la hechicera Circe, me salió al paso Hermes, con su varita de oro, con el aspecto de un muchacho de bozo incipiente y atractivamente joven. Me cogió la mano, me llamó por mi nombre y me dijo:

“¡Desdichado!, ¿a dónde vas solo, otra vez, por estos lugares, sin conocer la zona? Tus compañeros están en la casa de Circe y son como cerdos en corrales bien cerrados. ¿Es que vas allí a rescatarlos? Puedo decirte que tú mismo tampoco regresarás y te quedarás allí, como los demás. Pero, venga, voy a librarte de esas desgracias y a salvarte. Toma, ve a la mansión de Circe con este brebaje que apartará de ti el día funesto. Voy a explicarte todos los fatales propósitos de Circe: te preparará un brebaje y echará sus pociones en la comida, pero ni así conseguirá hechizarte, pues lo impedirá el antídoto que voy a darte y te explicaré cómo. Cuando Circe te apunte con su larga varita, desenvaina tu espada afilada y ataca a Circe como si quisieras matarla. Ella se asustará y te invitara a acostaros juntos. No rechaces el lecho de la diosa, para que libere a tus compañeros y te deje volver. Pero pídele que haga para ti el gran juramento de los bienaventurados de que no tramará contra ti ningún otro hechizo, no sea que, cuando te hayas desnudado te deje mal e impotente. Dicho esto, me entregó el matador de Argos una planta, arrancándola de la tierra, y me mostró sus propiedades: negra por la raíz, su flor se asemejaba a la leche. Los dioses la llaman *moly*. Para los hombres mortales es difícil extraerla del suelo, pero los dioses lo pueden todo. Después Hermes se fue al ancho Olimpo a través de la frondosa isla y yo me fui a la mansión de Circe. Por el camino el corazón se me aceleraba. Me paré en la entrada de la diosa de hermosas trenzas y, de pie, la llamé a gritos. Me oyó entonces la diosa y salió enseguida a abrir las brillantes puertas y me invitó a entrar. Yo la seguí con el corazón encogido. Me invitó a sentarme en un hermoso trono trabajado con clavos de plata y colocó un escabel bajo mis pies. Me preparó una bebida en una copa de oro y puso dentro la droga con toda su mala intención. Cuando me la ofreció y la tomé, no consiguió hechizarme, a pesar de que me golpeaba con su larga varita y me decía llamándome por mi nombre:

“¡Ve ahora a la pocilga y échate junto a tus compañeros!”



*Circe, Odiseo y un compañero convertido en cerdo*  
*Enócoe de figuras negras (c. 530 a.C.)*

Así decía Circe, pero yo, desenvainando mi aguda espada del costado, me abalancé sobre ella, como si quisiera darle muerte. Ella dio un gran chillido y corrió a abrazarme las rodillas mientras me suplicaba con aladas palabras:

“¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Dónde están tu ciudad y tus padres? Me asombra que puedas beber esta poción sin quedar hechizado. Ningún hombre que las haya bebido o las haya dejado pasar tan solo al cerco de sus dientes, había resistido a estas pócimas. Tú tienes en tu pecho una fuerza imposible de hechizar. Tú eres Odiseo, el que me decía el matador de Argos, el de la varita de oro, que vendría aquí al volver de Troya en un veloz barco de color negro. Vamos, envaina tu espada y subamos a mi lecho para que podamos confiar mutuamente uniéndonos en un lecho de amor.”

Cuando habló así yo le contesté diciéndole:

“¡Circe! ¿Cómo me pides que sea tu amante? Has convertido a mis compañeros en cerdos en tu palacio y a mí, retenido aquí, me invitas con perversa intención a ir a tus aposentos y subir a tu lecho para, cuando esté desnudo, dejarme débil e impotente. No puedo, diosa, desear acostarme contigo, si no aceptas antes pronunciar el gran juramento de que no maquinars ningún daño contra mi persona.”

Así dije y ella lo juró de inmediato, tal como le pedí. Así que en cuanto hizo el juramento y lo cumplió, subí al hermoso lecho de Circe. Mientras, cuatro sirvientas, encargadas de atender la casa, se afanaban en las habitaciones. Son hijas de las fuentes, de los bosques y los ríos sagrados que desembocan en el mar. Una cubría por encima los asientos con hermosas telas púrpura y debajo ponía unas alfombras. Otra disponía ante los asientos mesas de plata y colocaba sobre ellas bandejas de oro. La tercera mezclaba en una cratera de oro un vino exquisito y lo escanciaba en áureas copas. La cuarta trajo agua y encendió un buen fuego bajo un enorme trípode. Puso a calentar el agua y cuando comenzaba a hervir en el hermoso caldero de bronce, me hizo sentar en la bañera y me lavó con el agua del gran trípode, rociándola templada sobre mi cabeza y

mis hombros para quitar de mis miembros el agotador cansancio. Después de lavarme y frotarme con un suave aceite, me puso una hermosa túnica y un manto. Luego me acompañó hasta un asiento hermosamente labrado con clavos de plata y me puso un escabel en los pies. Otra sirvienta vino con agua para las manos en una bella jarra de oro, apoyada en una bandeja de plata, para que me lavara y colocó a mi lado una pulida mesa. La venerable dispensera se acercó con el pan, y con innumerables manjares también, agasajándome de modo particular. Me invitó a probarlas pero no me apetecía y, con la mente en otros asuntos, mi ánimo sospechaba desgracias. Cuando Circe me vio sentado y sin echar mano a la comida y entendió que me dominaba un triste pesar, se me acercó y me dijo unas aladas palabras:

“¿Por qué estás sentado así, Odiseo, en silencio, rumiando tu desánimo, sin probar bocado ni beber? ¿Es que aún temes otra trampa? No tienes nada que temer, pues ya te lo juré con un firme juramento”.

Así dijo, y yo le contesté diciendo:

“¡Circe! ¿Qué hombre, que fuera cabal, soportaría calmar primero su hambre y su sed, antes que liberar a sus compañeros y verlos con sus ojos? Pero si en verdad me invitas de corazón a beber y a comer, libéralos, para que pueda ver a mis leales compañeros con mis ojos”.

Así dije, y Circe cruzó la habitación con su varita en la mano, abrió las puertas de la pocilga y los hizo salir –iguales a cerdos de nueve años. Ellos se colocaron uno frente a otro y ella, de uno en uno, los fue untando a todos con un antídoto. Se desprendieron de sus cuerpos las cerdas que había hecho crecer el filtro mágico primero, el que les había dado la venerable Circe. Se transformaron en hombres de nuevo, más jóvenes que antes y mucho más hermosos y de apariencia más fuerte. Entonces me reconocieron ellos y me abrazaron uno por uno. Les embargó a todos un llanto digno de compasión que hacía retumbar la casa entera y hasta la propia diosa se compadeció... Nos quedamos allí días y días -un año entero- disfrutando y tomando carne en abundancia y excelente vino, Pero cuando ya pasaba del año y se sucedían las estaciones con el paso de los meses y nuestra estancia empezaba a alargarse, mis leales compañeros me llamaron aparte para decirme:

“Amigo, ya es hora de que te acuerdes de tu patria, si es que s tu destino salvarte y llegar a tu bien construida casa y a tu tierra paria”

Así dijeron y mi esforzado ánimo se dejó persuadir. Pasamos el día, hasta que se puso el sol, disfrutando y comiendo carne en abundancia y excelente vino. Cuando el sol se puso y se hizo de noche, mis compañeros se acostaron en el palacio en penumbra y yo subí al hermoso lecho de Circe y le supliqué abrazado a sus rodillas. La diosa escuchó mi voz cuando le supliqué diciéndole aladas palabras:

“Circe, cumple la promesa que me hiciste de enviarme a casa. Mi ánimo se impacienta ya, y el de mis compañeros, que me destrozan el corazón llorando a mi alrededor, cuando tú estás lejos.”

La divina entre las diosas respondió en seguida a mis palabras:

“Hijo de Laertes del linaje de Zeus, sagaz Odiseo, no permaneceréis más en mi casa contra vuestra voluntad, pero primero tienes que hacer otro viaje: ir a la mansión de Hades y de la augusta Perséfone para consultar al alma del tebano Tiresias, el adivino ciego cuyos poderes están inalterados...”

Entonces recorrí el palacio despertando a mis compañeros, parándome junto a cada uno y diciéndoles dulces palabras:

“No alarguéis ya más tiempo vuestro dulce sueño, que nos vamos: la venerable Circe me ha revelado cómo”

Así dije y su esforzado ánimo se dejó persuadir. Sin embargo ni siquiera de allí pude llevarme sanos y salvos a todos los compañeros. Había un tal Elpenor, el más joven de nosotros, ni muy esforzado en la lucha ni demasiado espabilado, que por buscar la fresca se había acostado borracho lejos de los compañeros en el tejado del palacio. Cuando oyó el ruido y el alboroto de los compañeros, se levantó de repente y no tuvo en cuenta que debía bajar por la larga escalera, cayendo de cabeza desde el tejado: se rompió el cuello por las vértebras y su alma descendió al Hades. A los demás, cuando vinieron, les dije:

“Vais diciendo que regresamos por fin a nuestra tierra amada, pero Circe nos ha indicado otro viaje: a las mansiones de Hades y la augusta Perséfone, para consultar al alma del tebano Tiresias.”

Así dije y a ellos se les partió el corazón. Se sentaron de nuevo a llorar y se mesaban los cabellos, pero sus llantos no tuvieron efecto alguno. Cuando ya nos dirigíamos hacia nuestro rápido barco en la orilla del mar tristes y llorando sin parar, se acercó Circe a la negra nave y le ató un carnero y una oveja negra, desapareciendo inmediatamente. ¿Quién podría poner su mirada en un dios, que va de aquí para allá, si el no quiere?

*Odisea XI, 155 – 203*

*Descensus ad inferos: diálogo entre Odiseo y Anticlea*  
[XI, 155-203]

(*Anticlea*): “¿Cómo has bajado, hijo mío, a estas oscuras tinieblas, si vives aún? Difícil es contemplarlas para quienes están vivos, porque hay en el camino grandes ríos y terribles corrientes, la principal el océano, que nadie puede franquear yendo a pie, a no ser que tenga una nave bien construida. ¿Es que vienes aquí desde Ilión, errante largo tiempo con tu nave y tus compañeros? ¿Aún no has llegado a Ítaca ni has visto a tu esposa en tu casa?”

(*Odiseo*): “Madre mía, la necesidad me obligó a descender al Hades para consultar al alma del tebano Tiresias: aún no he arribado a la tierra aquea ni he pisado mi tierra, antes bien, sufro errante sin fin, desde el momento en que acompañé al divino Agamenón, rumbo a Ilión, tierra de buenos caballos, para luchar contra los troyanos. Pero ahora contéstame con detalle: ¿Qué lamentable muerte fue tu destino? ¿Una larga enfermedad? ¿O bien Artemisa, la diosa que lleva el arco, te mató con sus suaves flechas? Háblame de mi padre y del hijo que allí dejé. ... Háblame de mi querida esposa, de lo que hace y de lo que piensa, de si continúa al lado de nuestro hijo y guarda todo fielmente o ya la ha desposado un gran noble aqueo.

(*Anticlea*): Lo cierto es que ella te aguarda paciente en tu casa: las noches sin fin se le hacen penosas y llora los días. ... Tu padre se queda en el campo y jamás baja a la ciudad. ... Una enorme angustia crece en su pecho porque ansía tu regreso: amarga vejez le ha tocado. Así perecí yo también, éste fue mi destino: no me mató en el palacio la flechadora, con su buena puntería, lanzando sus suaves flechas, ni me sobrevino ninguna enfermedad; mi añoranza por ti, por tus cuidados y tu buen talante, querido Odiseo, me arrebataron la dulce vida.

*Odisea XII, 165-200*

*Las sirenas*  
[XII 165-200]

Entonces yo les dije a mis compañeros, entristecido de corazón:

“¡Amigos!, no debe ser uno solo o dos quienes conozcan los vaticinios que me reveló Circe, divina entre las diosas; voy a contároslos para que, conscientes de ellos, o perezamos o nos libremos de la muerte escapando a nuestro destino. Nos ordena, primero, evitar la voz de las divinas Sirenas y su prado florido. Sólo me permite a mí oír su voz. Atadme, pues, con fuertes ligaduras para que permanezca aquí, inmóvil, de pie junto al mástil. ¡Que las cuerdas estén bien amarradas a él! Y aunque os suplique u os ordene que me desatéis, vosotros, entonces, sujetadme más fuerte con las cuerdas.

Con estas instrucciones terminé de explicar a mis compañeros la situación y entonces, rápidamente, nuestra sólida nave alcanzó la isla de las Sirenas, pues la impulsaba un viento propicio. De repente cesó la brisa y se hizo una calma absoluta, pues alguna divinidad adormeció las olas. Mis compañeros se levantaron, arriaron las velas de la nave y las guardaron; se sentaron a los remos e hicieron blanquear el agua con las pulidas palas. Yo mientras tanto troceé con un cuchillo afilado un gran pan de cera en pequeños pedazos que amasé con mis fuertes manos. En seguida se ablandó debido a la presión que recibía y al calor de los rayos de Helios, el soberano Hiparión. Uno tras otro, la fui colocando en los oídos de todos mis compañeros. Ellos me ataron de manos y pies, de pie en la carlinga, y me amarraron con cuerdas. Tras sentarse, hacían que le mar se blanqueara con el batir de sus remos. Cuando faltaba tanto cuanto alcanza un grito, aunque navegábamos velozmente, no les pasó inadvertida nuestra rápida nave al acercarse y entonaron un melodioso canto:

“Aquí, aquí, ven Odiseo famoso, gran gloria de los aqueos. Detén tu nave para escuchar nuestra voz. Jamás una negra nave pasó por aquí sin escuchar la dulce voz de nuestras bocas, pues el que la disfruta regresa más sabio también: conocemos para ti todo cuanto en la anchurosa Troya argivos y troyanos padecieron por voluntad de los dioses. Conocemos todo cuanto ocurre en la tierra que a muchos nutre”



*“¡Soltadme!” [LVS/O/N] grita Odiseo, seducido por el canto de las Sirenas  
Enócoe ática de figuras negras. Siglo V a.C.*

Así dijeron dejando oír su hermosa voz: mi corazón, entonces deseaba escucharla y yo ordenaba a mis compañeros que me desataran haciéndoles señas con las cejas. Pero ellos seguían remando, inclinándose hacia delante. Pronto se levantaron Perimedes y Euríloco y me sujetaron con más cuerdas y las apretaron más. En cuanto las dejamos atrás ya no escuchamos la voz ni el canto de las sirenas. Entonces mis leales compañeros se quitaron la cera que les había puesto en los oídos y me desataron las cuerdas.

*Odisea* XIII, 187-440; XIX 350-507; XXI, 1-79; XXII, 1-45 y XXIII 164-230 y 300-309

### ***Regreso a Ítaca***

[XIII, 187-440]

Despertó el divino Odiseo que dormía ya en su tierra patria, pero no la reconoció tras su larga ausencia. La diosa Palas Atenea, hija de Zeus lo había envuelto en niebla para hacerlo a él mismo irreconocible y explicárselo ella todo para que no lo reconociera su esposa ni los ciudadanos ni sus amigos hasta que hiciera pagar a los pretendientes todo su ultraje. Por eso todo se mostraba al rey con un aspecto distinto: los largos senderos y los amplios puertos, las escarpadas rocas y los frondosos árboles. Se incorporó de un salto y miró su tierra patria. Entonces soltó un gemido y se golpeó los muslos con las palmas de las manos, mientras sollozaba diciendo:

“¡Ay de mí! ¿De qué mortales es la tierra a la que acabo de llegar? ¿Serán quizá coléricos y salvajes y ajenos a la justicia o serán hospitalarios y tendrán un talante piadoso? ¿Adónde voy con todas estas cosas? ¿Adónde puedo ir yo mismo? Ojalá me hubiera quedado allí con los reacios. Podría haberme dirigido a otro de sus reyes poderosos que hubiera ofrecido su amistad y me hubiera acompañado para regresar. Ahora no sé dónde poner esto y no voy a abandonarlo para que otros se hagan con mi botín. ¡Ay, ay! Está visto que no eran tan sabios ni justos los líderes y consejeros de los reacios que me han traído a una tierra extraña. Prometieron llevarme a la bien visible Ítaca y no lo han cumplido. ¡Que Zeus protector de los suplicantes los castigue, él, que vigila a todos los hombres y castiga al que yerra. Vamos, voy a contar mis riquezas para comprobar que no se marcharon con ninguna en su cóncavo navío.”

Mientras decía esto se puso a contar los magníficos trípodes y calderos, su oro y los bellos tejidos recamados. Nada echó en falta, pero añoraba su tierra patria y arrastraba los pies por la orilla del resonante mar gimiendo intensamente. Vino a su lado Atenea, con la apariencia de un joven muchacho, un pastor de rebaños, muy esbelto – como son los hijos de los reyes- con un elegante manto doble sobre sus hombros. Calzaba con sandalias sus ligeros pies y sujetaba en las manos una jabalina. Odiseo se alegró de verla y fue a su encuentro, diciéndole en voz alta estas aladas palabras:

“¡Amigo! Como eres el primero que encuentro en este lugar te saludo y espero que no me abordes con mala intención. Protege estas cosas y protégeme a mí. Te lo ruego como a un dios y me dirijo a tus rodillas. Contéstame la verdad para que me entere bien. ¿Qué tierra es ésta? ¿Qué gente hay? ¿Qué hombres? ¿Es realmente una isla o se trata de la extensa costa marítima de un fértil continente?”

Le respondió la diosa Atenea, con un brillo en los ojos:

“Eres un ignorante, extranjero, o has venido de lejos, si preguntas por esta tierra. Por supuesto que tiene nombre y lo conocen de sobra muchos, cuantos viven hacia la aurora y el sol y cuantos viven al otro lado hacia el sombrío poniente. Es escarpada y no apta para los caballos, pero no es pobre en exceso ni tampoco extensa. Produce abundante grano y vino. Frecuente es la lluvia y copioso el rocío y es buena para el pastoreo de cabras y bueyes. Hay bosque variado y manantiales que fluyen perennes. Por eso, extranjero, el nombre de Ítaca incluso a Troya, que, según dicen, está lejos de la tierra aquea, ha llegado.”

Llenaron de gozo y alegría por su tierra patria al divino Odiseo, tan sufrido, las palabras que le dijo Palas Atenea, la hija de Zeus, que porta la égida. Y le contestó unas aladas palabras, pero él no dijo la verdad, sino que de nuevo amañó su discurso, fraguando en su pecho un plan favorable:

“He oído hablar de Ítaca incluso en la extensa Creta, más allá del mar. Yo acabo de arribar con estas riquezas. Dejé otras tantas a mis hijos y huyo porque maté al hijo querido de Idomeneo, Orsíloco, de pies veloces, que en la extensa Creta vencía a todos los hombres comedores de pan con sus rápidos pies, porque quiso robarme todo el botín de Troya, por que yo sufrí dolores en mi ánimo y soporté las batallas con hombres y las amargas olas, por, según él, no haber servido con obediencia a su padre en la tierra de los troyanos y haber mandado, en cambio, sobre otros compañeros. Yo le herí con mi lanza de bronce cuando regresaba del campo, emboscándolo con ayuda de un compañero cerca del camino. Una noche muy oscura tapaba el cielo y nadie nos vio, y, a escondidas, le quité la vida. Tan pronto como le di muerte con mi afilada espada de bronce, busqué un navío y supliqué a los nobles reacios que me admitieran y les di un abundante botín. Les pedí que me embarcaran y me llevaran a Pilos o a la divina Élide, donde gobiernan los epeos. Pero nos apartó de ese rumbo la fuerza del viento pese a nuestro empeño: no querían engañarme. Así que, perdidos, llegamos aquí de noche. Con esfuerzo llegamos a puerto remando, pero ninguno de nosotros se acordó de la comida, aunque teníamos gran necesidad de ella. Pero todos desembarcamos así y nos acostamos. Entonces el dulce sueño se apoderó de mí, porque estaba agotado y ellos sacaron de la cóncava nave mis riquezas y las dejaron en la arena donde yo dormía. Se embarcaron rumbo a la populosa Sidón y yo me quedé aquí con el corazón afligido.” Sus palabras hicieron sonreír a la diosa Atenea, de brillante mirada, que le hizo un caricia. Tenía el aspecto de una bella mujer, alta y experta en hermosas labores. Y le habló diciéndole estas aladas palabras:

“¡Qué astuto y trapacero tendría que ser el que te superara en cualquier engaño, incluso si tu rival fuera un dios! ¡Eres increíble! ¡Qué embaucador! ¡Nunca paras de engañar! Ni cuando estás en tu tierra vas a dejar estas tretas y embustes que tanto te gustan. Pero, venga, no hay más que hablar, que ambos sabemos de engaños. Tú eres sin duda el mejor de todos los mortales haciendo planes y hablando y yo soy famosa entre todos los dioses por mi astucia y engaño. Ni siquiera tú has reconocido a Palas Atenea, la hija de Zeus, a mí que siempre estoy a tu lado en todos tus trabajos y te protejo. Incluso te he hecho amigo de todos los feacios. En esta ocasión vengo para tramar un plan contigo y ocultar todas las riquezas que te entregaron los nobles feacios para tu regreso a casa gracias a mi bien pensado plan y para decirte cuántos dolores te hará sufrir el destino en casa. Es necesario que tú los soportes y que no reveles a nadie, ni hombre ni mujer, cómo llegaste hasta aquí errante, mas soporta en silencio esos muchos dolores y aguanta la violencia de los hombres.”

Le respondió el astuto Odiseo:

“No es fácil, diosa, para un mortal, si te encuentra, reconocerte aunque sea inteligente, pues te transformas en cualquiera. Yo sé de sobra que antes fuiste mi protectora... pero ahora te suplico, por tu padre,... ¿dime si de verdad he llegado a mi amada patria!”

Le contestó de inmediato la diosa Atenea, de brillante mirada:

“¡Siempre la misma idea en tu pecho! Por eso tampoco te puedo abandonar, por desdichado que seas, porque eres afable, agradable y sensato. Otro cualquiera, nada más regresar, hubiera ido alegre a su casa para ver a sus hijos y a su mujer. Pero tu prefieres no presentarte ni darte a conocer hasta que hayas puesto a prueba a tu mujer que te aguarda en palacio, donde tristes noches y tristes días la consumen en llanto. Yo jamás perdí la confianza –lo tenía bien seguro- en que regresarías sin ningún compañero. No quise luchar con Posidón, hermano de mi padre, que te guardaba un gran rencor, furioso porque cegaste a su hijo. Vamos, te mostraré Ítaca para que te convenzas. Aquí está el puerto de Forcis, el anciano del mar y allí, en el extremo del puerto el olivo frondoso... y ese de allá es el monte Nérito, recubierto de bosques.”

La diosa, mientras hablaba, iba disipando la niebla, y la región se hacía visible. Se alegró el divino Odiseo, tan sufrido, por su tierra y besó su suelo y dijo:

“Vamos, piensa un plan, cómo los voy a castigar y quédate a mi lado, firme con valor y coraje, como cuando asaltamos las espléndidas almenas de Troya.”

Y la diosa Atenea le dijo:

“Por supuesto, yo permaneceré a tu lado y no me pasarás inadvertido cuando te enfrentes a esto: creo que más de uno de los pretendientes que tu hacienda devoran salpicará con su sangre y sus sesos el suelo. Vamos, te haré irreconocible para cualquier mortal.”[...]

Mientras lo decía, Atenea lo tocó con una varita. Arrugó la tersa piel de sus flexibles miembros, hizo desaparecer los rubios cabellos de su cabeza y dejó todos sus miembros como la piel de un viejo anciano, y sus ojos, antes bellísimos, los llenó de legañas. Le echó encima un manto ajado y una túnica, rota y con manchas, tiznada de feo humo. Lo cubrió con una piel grande, de una cierva veloz, raída, y le dio un bastón y una alforja fea, llena de agujeros y atada con una cuerda trenzada. Así, después de trazar su plan, se separaron los dos y la diosa se encaminó de inmediato a la divina Lacedemonia en busca del hijo de Odiseo.

*Euriclea*  
[XIX 350-507]



Odiseo, pertrechado como un viajero, es reconocido por su nodriza Euriclea  
Escifo del Pintor de Penélope (s. V a. C.)

Y a su vez le dijo la prudente Penélope:

“Huésped, amigo, pues jamás ha llegado a mi casa ningún hombre tan sensato, entre mis huéspedes de tierras lejanas; qué sabiduría en todas tus palabras. Tengo una anciana que se comporta con verdadera discreción, la que crió y cuidó a aquel desgraciado, que lo tomó en sus brazos nada más parirlo su madre. Ella te lavará los pies, aunque está ya muy débil. Venga, levántate ya, prudente Euriclea, y lávale,- es de la edad de tu rey. Los pies y manos de Odiseo ya deben estar así también, pues los mortales envejecen rápido en la desgracia.”

Así dijo; la anciana se ocultaba el rostro con las manos, mientras derramaba calientes lágrimas, y dijo digna de lástima:

“¡Ay de mí, hijo, de poco sirvo...! De qué modo te ha odiado Zeus, pese a tener un ánimo más piadoso que los demás hombres más que a los demás hombres. Jamás otro mortal quemó tantos grasos muslos en honor de Zeus, que se alegra con el rayo, ni magníficas hecatombes como tú le sacrificabas para suplicar poder alcanzar una vejez feliz y poder criar a un hijo ilustre. A cambio sólo a ti te ha privado totalmente del día de regreso. Tal vez se mofen también así de él las mujeres de anfitriones de tierras remotas cuando llegue al espléndido palacio de alguno, como se burlan de ti todas estas perras a las que no dejas que te laven para evitar la burla y numerosos escarnios. A mí, sin embargo, me lo ordena la hija de Icaro, la prudente Penélope, aunque no contra mi deseo. Por esto te lavaré los pies, por la propia Penélope y por ti mismo a la vez, porque tengo dentro el ánimo conmovido con tus penas. Pero, ea, atiende ahora a lo que voy a decirte: muchos extranjeros lastimeros han venido aquí, pero creo que jamás he visto a ninguno tan parecido como tú a Odiseo en el físico, la voz y los pies.”

Le respondió diciéndole el muy astuto Odiseo:

“Anciana, eso dicen cuantos nos han visto a los dos con sus ojos, que somos muy parecidos el uno al otro, como tú misma dices con acierto.”

Así dijo y la anciana cogió un caldero reluciente y empezó a lavarle los pies. Vertió abundante agua fría y añadió luego caliente. Odiseo se sentó junto al fuego y se volvió rápidamente hacia la oscuridad, pues tuvo la repentina sospecha de que ella, cuando le sujetara, reconocería su cicatriz y sus planes se pondrían al descubierto. Se acercó a su señor para lavarlo y enseguida reconoció la cicatriz que antaño le hiciera un jabalí con su blanco colmillo cuando fue al Parnaso con Autólico y sus hijos, el noble padre de su madre, que destacaba entre los hombres en el hurto y el juramento, habilidades que le había concedido el dios Hermes en persona, pues quemaba en su honor muslos de corderos y cabritos como agradecimiento y él le asistía benévolo. Cuando Autólico llegó a la próspera población de Ítaca, encontró al hijo recién nacido de su hija. Euriclea lo puso sobre sus rodillas después de cenar y le dijo llamándolo por su nombre:

“Autólico, propón tú mismo ahora un nombre para el hijo de tu hija, tan anhelado por ti.”

Y Autólico le dijo en respuesta:

“Yerno e hija mía, ponédle el nombre que voy a decir. Como hasta hoy he concitado el odio de muchos hombres y mujeres sobre la faz de la fértil tierra, que su nombre epónimo sea Odiseo. Yo, cuando tenga él la edad suficiente y venga a su casa materna, al Parnaso donde tengo mis posesiones, le entregaré algunas y lo despediré con alegría.”...

Al amanecer salieron de cacería los propios hijos de Autólico con sus perros. Y con ellos iba el divino Odiseo. Subieron por el elevado monte Parnaso, recubierto de selva, y enseguida llegaron a los valles donde sopla el viento. El sol, recién salido de la plácida y profunda corriente del Océano, se derramaba sobre los campos, cuando los cazadores llegaron a un valle.



Cazador  
Lécito del Pintor de Pan. (s. V a. C.)

Por delante de ellos iban los perros rastreando las huellas y detrás los hijos de Autólico, y entre ellos caminaba el divino Odiseo blandiendo, cerca de los perros, su lanza de larga sombra. Allí un enorme jabalí estaba tumbado en una densa espesura que no podía penetrar el sople fresco de los vientos al agitarse ni podía golpear con sus rayos el resplandeciente Helios ni tampoco empapaba la lluvia. Entonces le llegó al jabalí el ruido de los pasos de los hombres y los perros que estaban de cacería y desde la

espesura, con la crin erizada y el brillo del fuego en sus ojos, se paró delante de ellos. Odiseo fue el primero en acometerlo y levantó la lanza de larga sombra con su robusta mano intentando herirlo. Pero el jabalí se le abalanzó y le hirió en la rodilla y, virando hacia un lado, desgarró con su colmillo la carne, aunque no penetra hasta su hueso. Odiseo, no obstante, pudo alcanzarle y le hirió en la paletilla derecha. La punta de la reluciente lanza lo atravesó de lado a lado y el animal cayó en por tierra chillando, y se le escapó volando el ánimo. Enseguida rodearon a Odiseo los hijos de Autólico, vendaron con maestría la herida del irreprochable Odiseo, a un dios semejante, y con un conjuro detuvieron la negra sangre. Regresaron en seguida a casa de su padre y Autólico y sus hijos terminaron de curarle bien, le obsequiaron con espléndidos regalos y, todos contentos, lo despidieron de regreso a Ítaca .

Su padre y venerable madre se alegraron al verlo de vuelta y le preguntaban todos los detalles de la cicatriz, qué le había pasado. Y él les dio detalle de cómo en la cacería, le había herido un jabalí con su blanco colmillo mientras recorría el Parnaso con los hijos de Autólico.

La anciana, al tocar con las palmas de sus manos la cicatriz, la reconoció con el tacto. Soltó el pie que tenía alzado y la pierna cayó en el caldero. Resonó el recipiente de bronce, se ladeó hacia atrás y se derramó el agua por el suelo. La alegría y el dolor embargaron a la vez su corazón y sus dos ojos se llenaron de lágrimas, y se quebró su dulce voz. Agarró de la barba a Odiseo y dijo:

“Sin duda eres Odiseo, hijo mío: no te había reconocido hasta ahora, hasta tocar del todo a mi señor.”

Así dijo e hizo señas con los ojos a Penélope, intentando revelarle que su esposo estaba dentro. Pero ella no pudo verla, aunque estaba enfrente, ni entenderla, pues Atenea la había distraído. Entonces Odiseo acercó sus manos, la cogió con la derecha por el cuello y con la otra la atrajo hacia sí diciendo:

“Nodriza, ¿por qué quieres perderme? Tú misma me criaste con tu pecho. Por fin he llegado, a los veinte años, a mi tierra patria, tras sufrir penalidades sin cuento. Pero como lo has descubierto y un dios te lo ha inspirado, calla, no sea que se dé cuenta algún otro en el palacio. Te voy a decir lo que sin duda va a cumplirse: si un dios hiciese sucumbir por mi mano a los nobles pretendientes, no me olvidaré de ti, que fuiste mi nodriza, cuando mate a las demás esclavas de palacio.”

Y le respondió la prudente Euriclea:

“Hijo mío, ¡qué amenaza escapó del cerco de tus dientes! Sabes que mi ánimo es firme y no domable; me mantendré como una dura piedra o como el hierro. Te voy a decir otra cosa que has de guardarte dentro: si por tu mano un dios hace sucumbir a los nobles pretendientes, entonces te hablaré una por una de las mujeres del palacio, quiénes te deshonran y quiénes son inocentes.”

Y respondió diciéndole el muy astuto Odiseo:

“Nodriza, ¿por qué me las vas a indicar tú? No tienes necesidad. Yo mismo las observaré y descubriré a cada una, así que guarda silencio y confía en los dioses.”

Así dijo, y la anciana cruzó la sala para traer agua para los pies, pues la primera se había derramado toda. Y después de lavarle y ungirle con espeso aceite, Odiseo volvió a llevar la silla cerca del fuego para calentarse, y ocultó la cicatriz con sus harapos.

### *Penélope propone la prueba del arco*

[XXI, 1 -79]

Y entonces Atenea, de brillante mirada, inspiró a la hija de Icario, la prudente Penélope, que en el palacio de Odiseo propusiera a los pretendientes el arco y el grisáceo hierro, competición y comienzo de la matanza. Subió por la alta escalera de la casa y agarró fuerte con su mano una hermosa llave de bronce, bien curvada y con mango de marfil. Se dirigió con sus esclavas hasta la habitación más recóndita, donde estaban los tesoros del rey, el bronce, el oro y el hierro forjado. Allí estaban el arco flexible y el carcaj y abundantes flechas que causan dolor, regalos que un huésped le dio, Ífito, hijo de Eurito, semejante a los inmortales, cuando lo encontró en Lacedemonia... Cuando llegó a la habitación, la divina entre las mujeres... descolgó se su clavo el arco en su funda resplandeciente. Se sentó, con el arco en las rodillas, y se echó a llorar ruidosamente, mientras abrazaba el arco del rey. Cuando paró de gemir y llorar, se fue a la sala a buscar a los nobles pretendientes, llevando en la mano el flexible arco y el carcaj lleno de dardos que causan dolor. Las siervas que iban con ella portaban un arca, en la que había cantidad de hierro y de bronce, trofeos dignos de un rey. Al llegar ante los pretendientes, la divina entre las mujeres se detuvo junto a una gran columna que sujetaba el techo, colocando ante sus mejillas un velo espléndido. A cada lado se puso una sirvienta de confianza. Al punto, habló a los pretendientes y les dijo:

“Escuchadme, ilustres pretendientes que para comer y beber sin descanso usáis esta casa, la casa de un hombre que lleva mucho tiempo ausente. No habéis podido argüir ningún otro pretexto sino que estáis deseosos de casaros conmigo y tomarme como esposa. ¡Sea, pretendientes, he aquí la prueba! Vais a ver el gran arco del divino Odiseo. Quien más fácilmente lo tense en sus manos y haga pasar una flecha por cada una de estas doce hachas, a ése seguiré de inmediato, abandonando esta casa legítima, tan hermosa, tan próspera, de la que a buen seguro me acordaré un día en sueños.”

### *La matanza de los pretendientes*

[XXII 1-67]

Entonces Odiseo se quitó los harapos y se retiró saltando hacia el gran umbral de la puerta con el arco y el carcaj lleno de flechas. Volcó los rápidos dardos ante sus pies y dijo a los pretendientes:

“Se acabó este inocente certamen: ahora apuntaré a otro blanco, uno al que aún no disparó nadie, a ver si acierto y Apolo me da la gloria”

Dijo y apuntó una amarga flecha contra Antínoo que se disponía a alzar una hermosa copa de oro de doble asa y ya la tenía en sus manos para beber el vino. La muerte no estaba en su pensamiento. ¿Quién iba a imaginar que entre los comensales, uno entre tantos, por muy fuerte que fuera, podría causarle una mala muerte y un negro destino? Odiseo disparó la flecha apuntando a su garganta y la punta atravesó su blando cuello. Se desplomó hacia atrás, la copa cayó de su mano al ser herido y al instante un denso chorro de sangre mortal manó de su nariz. En su rápida caída golpeó con el pie una mesa y cayó al suelo la comida y se revolvieron el pan y las carnes asadas.



*Escifo de figuras rojas. Pintor de Penélope. Siglo V.*

Los pretendientes, en la sala, al ver que caía al suelo ese hombre, se levantaron de sus asientos y empezaron a correr por la estancia, lanzando miradas a las bien construidas paredes: pero ni un escudo ni una lanza poderosa había para coger e insultaron a Odiseo con violentas palabras:

“¡Forastero! Haces mal disparando contra los hombres. Ya no participarás en otros certámenes, pues te aguarda una muerte segura. Acabas de terminar con la vida del que era el mejor muchacho de Ítaca. Por ello vas a ser pasto de los buitres.”

Así decían éste y aquél, porque pensaban que lo había matado por matarlo. No se daban cuenta los necios de que a todos ellos también les cercaban los lazos de la muerte. Con una mirada terrible les dijo el astuto Odiseo:

“¡Perros! Pensabais que yo no iba a regresar a mi casa desde el país de los troyanos, cuando asolabais mi hacienda y os acostabais por la fuerza con mis esclavas y, estando yo vivo, pretendíais a mi esposa, sin temor a los dioses que habitan el ancho cielo ni a una venganza que había de llegar de los hombres. Ahora a todos vosotros también os cercan los lazos de la muerte.”

Así dijo y de todos se apoderó el pálido terror. Cada uno buscaba por dónde escapar a una muerte segura y Euríloco fue el único que le contestó diciendo:

“Si es cierto que has vuelto, itacense Odiseo, razón tienes al decir que los aqueos han cometido muchas atrocidades en palacio y también muchas en el campo. Pero yace en el suelo ya el que es el causante de todo, Antínoo, pues el provocaba estos actos, no porque ansiara la boda o tuviera necesidad, sino porque tenía otros planes, que no le ha cumplido el hijo de Cronos: reinar sobre el pueblo de la bien fundada Ítaca, además de emboscar a tu hijo para darle muerte. Pero ahora ya tiene su merecido. Tú perdona a tus gentes: nosotros repararemos como pueblo todo lo que se te han bebido y comido en palacio, trayéndote en pago cada uno veinte bueyes, y te daremos bronce y oro hasta que tu corazón se aplaque. Hasta entonces no puede hacerse reproche de tu cólera.”

Pero Odiseo lo miró torvamente y dijo:

“Eurímaco, ni siquiera si me dierais todo vuestro patrimonio y a cuanto ahora tenéis añadiéseis otro tanto, ni siquiera así, privaría a mis manos de esta matanza, hasta haber hecho pagar todo su ultraje a los pretendientes. Ahora esto es lo que hay: huir o luchar, el que quiera evitar la muerte y su suerte. Pero me temo que ninguno va a escapar de una ruina segura.”

***Odiseo y Penélope***  
[XXIII, 164-230 y 300-309]

Odiseo volvió a sentarse en el mismo sillón, frente a su esposa, y le dijo:

“¡Qué mujer! Un corazón indomable -que no es propio de mujeres débiles- te han dado los que habitan mansiones olímpicas. Ninguna otra mujer se mantendría tan obstinadamente distante con un esposo que regresa a su tierra a los veinte años tras mucho sufrir. Vamos, aya, prepárame la cama para que me acueste, visto que ésta alberga en su pecho un corazón de hierro.”

Le respondió por su parte la prudente Penélope:

¡Infeliz! Ni en mucho ni en poco me tengo, ni me admiro en exceso; de sobra sé cómo eras cuando te fuiste a Ítaca con un barco de largos remos. Vamos, Euriclea, prepárale fuera de nuestro grato dormitorio ese robusto lecho que él mismo hizo.

Cuando hayáis sacado aquí el lecho, preparad la cama, pieles, mantas y colchas relucientes.”

Así lo ordenó para poner a prueba a su esposo. Y Odiseo dijo, irritado, a su discreta esposa:

¡Mujer! ¡Cómo me duele esto que dices! ¿Quién ha cambiado de sitio mi lecho? Tarea difícil, incluso a un experto, salvo si fuera un dios en persona que quisiera venir para colocarla fácilmente en otro lugar. De los hombres, ningún ser vivo mortal, ni en plena juventud, lo trasladaría fácilmente, porque hay algo muy particular en este trabajado lecho que yo, y nadie más, construí. Crecía en el patio un olivo frondoso, un tronco fuerte y floreciente. Era ancho como una columna. A su alrededor levanté yo nuestro dormitorio, hasta acabarlo, con piedras bien trabadas, lo cerré perfecto en lo alto y añadí unas puertas ajustadas y muy seguras. Entonces corté la copa del frondoso olivo y desde la base podé y pulí con el bronce su tronco con maestría, lo igualé a plomada, dándole forma de pie de cama y lo taladré entero con el berbiquí. Empezando por aquí construí el lecho, hasta que lo terminé con adornos de oro, plata y marfil, y dentro tensé una correa de buey brillante como la púrpura. Esta es su particularidad que te acabo de explicar, pero no sé, ¿aún está firme mi lecho, mujer, o algún hombre lo ha cambiado de sitio ya, cortando de cuajo el olivo?”

Sus palabras hicieron estremecerse sus rodillas y su corazón, al reconocer las señales tan claras que le daba Odiseo. Corrió llorando directa hacia él, rodeó con sus manos el cuello de Odiseo y besó su cabeza, diciéndole:

“No te enojés conmigo Odiseo, que tan sensato eres en todo lo humano. Nos envían la desgracia los dioses, que han envidiado que estuviéramos juntos para disfrutar de la juventud y llegar al umbral de la vejez. No me reproches ahora esto ni te enojés porque al principio, al verte, no haya sido cariñosa. Mi corazón siempre se estremecía en el pecho por temor de que algún mortal se acercara a mí para engañarme con sus palabras. Muchos son los que quieren aprovecharse con malas intenciones. Ni la argiva Helena, descendiente de Zeus, se hubiera unido a un extranjero en su lecho de amor, si hubiera sabido que los belicosos hijos de los aqueos iban a llevarla de nuevo a casa, a su patria. Un dios la empujó a cometer ese acto vergonzoso, no fue premeditada esa locura de la que también surgió nuestro dolor. Pero ahora que acabas de revelar las particularidades de nuestro lecho, que ningún otro hombre había visto –salvo tu y yo y una única sierva, Actóris, que me dio mi padre cuando vine aquí y que vigilaba las puertas de nuestro seguro dormitorio- persuades mi corazón, por inflexible que fuera.”...

Los dos, tras gozar del placentero amor, disfrutaron de su conversación, contándose todo el uno al otro: ella, la divina entre las mujeres, cuánto había padecido

en palacio, contemplando el odioso tropel de los pretendientes... y Odiseo, de linaje divino, cuántas penas causó a los hombres y cuántas sufrió él mismo. Ella disfrutaba oyéndolo y el sueño no le cerró los párpados hasta que él acabó su relato.